miguel de unamuno

paisajes

estudio y edición

de

manuel alvar

colección

aula magna

P A I S A J E S

MIGUEL DE UNAMUNO

PAISAJES

ESTUDIO Y EDICIÓN
DE
MANUEL ALVAR

EDICIONES ALCALÁ
MADRID

COLECCIÓN AULA MAGNA

SERIE TEXTOS

Dirige:

RAMÓN ESQUER TORRES

Ediciones Alcalá, Veneras, 9, Madrid
Reservados todos los derechos

PRINTED IN SPAIN

DEPÓSITO LEGAL: M. 12.056 - 1966

GRÁFICAS OVIEDO - Geranios, 3 - MADRID

INTRODUCCIÓN

A Manolo, el mayor de mis hijos

1

«La primera honda lección de patriotismo se recibe cuando se logra conciencia clara y arraigada del paisaje de la Patria (1)». Estas palabras, escritas en un libro de madurez, son la clave de una buena parte de la creación literaria de Unamuno, diría, de los escritores del 98. Porque ellos nos acostumbraron a ver a España para enraizarla en nuestra conciencia de hombres y —por el conocimiento— nos la convirtieron en esencia de amor. El paisaje en estos nombres —Azorín, Baroja, Unamuno— no fue deleite ocasional o frivolidad pasajera. Fue un venero de zozobras e insatisfacciones. Que tal es el amor. Porque amar a España y sentirla físicamente viva (2) es un riesgo de problemática certeza. Lo fue más, mucho más, en los días en que se pudo pensar en el «finis Hispaniae». La historia, los hombres, el futuro, no eran sino incertidumbres de dudoso acierto; por eso la realidad llenaba de desasosiego, como una evasión reiterada del objeto amado. Pero igual que en la emoción erótica, la imagen directa quedaba superada por la irracionalidad del amor, que tendía un poético cendal entre la presencia actuante

(1) MIGUEL DE UNAMUNO, *Andanzas y visiones españolas*. "Obras Completas", edic. M. García Blanco, I, p. 737. (Estas "Obras Completas" se citarán en adelante O. C.)

(2) "A mí, que tanto me duele España, mi patria, como podría dolerme el corazón, o la cabeza, o el vientre." (*Andanzas*, O. C., I, 686.)

y los ojos que la contemplaban. Y, como en el amor, la imperfección superada por la belleza de la entrega sin reservas.

De esta idea apasionada y cordial nació una España llena de matices y de ternuras. Rara vez en Unamuno la visión acre o despiadada de la España negra. Sus paisajes no eran los desolladeros de las plazas de toros, ni la tétrica presencia de los disciplinantes, ni el macabro folklore de los cementerios, tal y como vieron Verhaeren y Darío de Regoyos (3); ni era —tampoco— el espejo de prostitutas, de chulos y de toreros, que tosca —incluso zafiamente— pintaba Eugenio Noel (4). No. La lección de Unamuno era —sí más, pero no menos— una lección de amor. Por eso no cayó en la visión lóbrega de España que llamamos negra, como cayó Baroja; ni se detuvo —como el Valle Inclán de *La pipa de Kif* o de los esperpentos— en los recuadros plebeyos de los cartelones de ciego o de los romances chabacanos. Sus andanzas llevaban a otras visiones: al descubrimiento de una inédita sensación o al entrañable aprehendimiento —y aprendimiento— de las cosas menos frecuentadas. Por eso el famoso prólogo de las *Andanzas y visiones españolas* (1920) sitúa al hombre Unamuno como fiel de una balanza en el que temblarían en inestable equilibrio la vida de los seres de ficción y la vida de las criaturas de la naturaleza. Historias de pasión en sus ensueños literarios, paisajes del alma como señuelo para sus deseos de amor.

(3). Hay una magnífica reimpresión de *La España negra* (Taurus Ediciones, Madrid, 1965).
(4) Véase, por ejemplo, *Nervios de la raza* (1915) o *España, nervio a nervio* (1924).

Y no sólo en el *Prólogo* de las *Andanzas*, clave para la interpretación de una literatura, sino mucho antes, en sus *Paisajes* (1902), el librito con que iniciaba sus singladuras por los anchos mares —encinar, panes, soledades— de la patria. Ya aquí los paisajes —La Flecha, Salamanca— independizándose del hombre real que los puebla. Sobre ellos se tiende la poetización del recuerdo. Unas veces, por evocación de los seres excelsos que dejaron huella de su planta al posar —y pasar— sobre el suelo; otras, al reavivarse por la lejanía los más dulces sentimientos. Así Unamuno va haciendo su visión de España, mezcla de lo que aprendió en quienes la han ido elaborando con su propia vida y la que a golpes de rebenque se va labrando él mismo. Porque, en esta dramática creación, el recuerdo actualizado no es otra cosa que la proyección al pasado de la realidad presente o, acaso, el presente no sea sino la intuición enamorada de la vida del pasado. Por eso cuando Unamuno habla de fray Luis de León no lo evoca, sino que nos lo trae, nos lo aduce, como una presencia carnal, tangible al tacto, sensible a la vista. Entonces no sirve la lógica gramatical, sino que la re-creación, la re-visión, está actualizada en presentes deícticos, si cupiera, diríamos, mostrativos:

En silencio fray Luis quédase solo
meditando de Job los infortunios,
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.
Nombres de paz y amor con que la lucha
buscó conforte, y arrogante luego
a la brega volvióse amor cantando,
paz y reposo (5).

(5) *Poesías*, O. C., XIII, p. 218.

El pasado puede ser una realidad actualizada, como es fray Luis; pero puede ser —también— fruto de un ensueño del presente o de una pura recreación de la historia:

> «Así es como concurren a concuerdo el hombre humanizando con su labor a la naturaleza y ésta, naturalizando de rechazo y como en pago al hombre, y así es como nos hace vislumbrar el ideal de un hombre enteramente natural en comunión íntima con una naturaleza a la que podamos llamar ya humana. Y *¿es, acaso, en el fondo este ensueño algo que no sea un trasunto del perfecto cristiano en quien la gracia se hace naturaleza y la naturaleza gracia?*» (6).

Y es que hacia el pasado o hacia el futuro Unamuno no veía otra cosa que el sentido teológico de la Historia. Sin ambigüedades lo dejó escrito: «La Historia es el pensamiento de Dios en la Tierra de los Hombres» (7).

Desde este anticipo que son los *Paisajes*, queda ya planteado el sentido de nuestra vida sobre el suelo, a través del conocimiento de la faz de la tierra y de la huella de las pisadas que nos precedie-

---

(6) *El sentimiento de la naturaleza*, primer ensayo de *Paisajes*. (El subrayado es mío.) Para la historia, como única forma del vivir presente, véase el poema en *Gredos* (sobre todo su fragmento final), O. C., XIII, pp. 833-836. De todo esto deriva el sentido legendario —de *legere*— que tiene la historia para Unamuno: "No extrañe nadie que oponga en cierto modo la leyenda a la patraña. La leyenda es la verdadera historia, pues la leyenda es lo que creen los hombres que ha sucedido. Y lo que uno crea que ha sucedido influye más en su acción que lo que sucedió de veras." (*De Fuerteventura a París*, O. C., XIV, p. 533).

(7) *De Fuerteventura a París*, O. C., XIV, p. 495.

ron. Todo ello no nos aleja, sino que nos atrae hacia el mundo de nuestros sentidos y de nuestros sentimientos. Y es que desde un plano de estricta lógica se intenta una evasión de la realidad. No para perderla, sino para apresarla, conformando nosotros su objeto —su *res*— y no siendo condicionados —hechos— por ella.

Fray Luis es el compañero asiduo y apasionado en muchas, muchísimas páginas de los *Paisajes*; el ensueño es el hilo sutil que va ligando amorosamente estas cuartillas, todas las que dedica a sustentar su doctrina de pasión de España. Ensueño en la visión hodierna, ensueño en la contemplación del pasado: elemento irracional que surte a borbotones y que no se restaña, sino que se explaya, en el amor (8).

Cierto que Unamuno crea —nos crea— una interpretación de España, en la que, peregrinos, hemos aprendido a ser, como Basterra diría, «bachilleres en panoramas». Pero no ha sido sólo generosidad en el camino emprendido o, acaso, en ella —en la generosidad— ha nacido el logro del hombre como criatura racional. Unamuno ve en esta creación de la patria, adquirida como fruto del conocimiento de sus tierras y sus hombres, la necesidad incuestionable de realizarnos como seres su-

---

(8) Recuérdense versos del *Romancero del destierro* (O. C., XIV, p. 618):

> Logré morir con los ojos abiertos
> guardando en ellos tus claras montañas,
> —aire de vida me fue el de sus puertos—,
> que hacen al sol sus eternas entrañas
> ¡mi España de ensueño!
>
> Entre conmigo en tu seno tranquilo
> bien acuñada tu imagen de gloria,
> haga tu roca a mi carne un asilo;
> duerma por siglos en mí tu memoria,
> ¡mi España de ensueño!

periores. Un verso suyo, juego y remedo de unas palabras de Aristóteles, dice: «Hombre sin patria es bípedo implume» (9). El hombre es más que un «bípedo implume» —consta en el Estagirita—, es un «zôon politikón», el animal político (de *polis* 'ciudad') que en su ciudad encuentra generosa, y no utilitariamente, el sentido de la patria. Sentido en su origen urbano, pues el hombre rural ve en el campo el principio práctico de aprovechamiento y no de renuncia o entrega, algo que sería «matria», entraña genesíaca y nutritiva, pero no patria.

Nada más lejos del pragmatismo que este sentimiento de amor en el que Unamuno nos inicia. Podríamos traspasar al sentimiento patriótico descubierto en el paisaje mucha epistemología, e incluso misticismo, que, salpicada, aparece en buena parte de la obra de don Miguel. Porque en esa unidad cardinal que es el hombre Unamuno, todos los caminos del conocimiento llevaban a una insobornable singularidad: la del propio escritor. Y es que el paisaje ha descubierto una faz de España distinta de la que creamos y ensoñamos en los entresijos de nuestra soledad; sin embargo, nos ha abierto todas las sendas para llegar a su conocimiento. Sólo es feliz en la patria terrena quien no la conoce y, por ende, no la ama. Igual que el conocimiento del hombre nos hace ver en él todas sus imperfecciones y por ellas —también— nace nuestro amor. El paisaje es, lo decía al comenzar estas páginas, el vehículo que nos hace sentir viva esa realidad física llamada España; gracias a él es posible la plenitud del conocimiento. El paisaje es

(9) *Rosario de sonetos líricos*, O. C., XIII, p. 578, núm. LXXII.

como un camino inseguro —realidad brutal— que nos lleva torpe, pero sin desvío, hasta los hontanares —la patria ensoñada— donde mana el amor. Pero igual que la agonía del creyente «nos descubre a Dios y nos hace quererle» (10) y el amor es una forma de «desesperación resignada», así el amor a la creación histórica que cobijamos bajo la palabra patria es «*la suprema congoja*» de no cohonestar la realidad recibida con el anhelado ensueño. Y es así como, a través del sentido del paisaje, cobra vida la esperanza del hombre español que fue Miguel de Unamuno, y la historia se proyecta como un sendero inacabable, en el que, a veces, las orillas se constriñen por arribes extraños, pero que nunca será un callejón sin salida.

> «Viendo desde una cumbre de las sierras de Castilla desplegarse a mis pies como alfombra en el cielo, desprendida de todo grosero peso de materialidad, un vasto retazo del cuerpo de España, me surgía del corazón la confianza de que el sol que lo curte ha de alumbrar todavía grandes glorias y perdurables proezas. No es posible que por un escenario así no pasen los más excelsos personajes de la tragedia de la Historia» (11).

Esta certeza en la historia, descubierta desde un empinado rincón de Castilla, hace cobrar al cuerpo físico de España la misma entidad, inalienable y personal, del cuerpo de cada uno de sus hijos. Porque la transposición a que me refiero es la vir-

---

(10) *Del sentimiento trágico de la vida*, Edic. "Col. Austral", página 160.
(11) *Andanzas*, O. C., I, p. 737.

tual identificación de la patria con el hombre y cada una de sus peripecias vitales: nacimiento, vida, zozobra y, a través de la muerte, persistencia ultraterrena. Por eso cada país es culpable, en su cuerpo, de los pecados terrenales y, en su alma, del premio o del castigo ultraterreno. Acaso Unamuno no llegó nunca a expresar estas ideas con tanta claridad como en la *Vida de don Quijote y Sancho*, sublimación de un mito hispánico, en el que se plasma, más que en la historia de fecha y documento, la vida misma de nuestro pueblo:

> «¿Es que no hay en la Conciencia eterna e infinita una eterna idea de tu pueblo, Don Quijote mío? ¿Es que no hay una España celestial, de que esta España terrena no es sino trasunto y reflejo en los pobres siglos de los hombres? ¿Es que no hay un alma de España tan inmortal como el alma de cada uno de sus hijos?» (12).

Así, desde el paisaje, Unamuno se acercó a la creación individual de España y a la problemática de su salvación en la conciencia de Dios. Igual que para el hombre de carne y hueso, la desazonante pregunta: «¿Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?» Qué quedará de esta patria vivida y ensoñada, qué juicio merecerá ante los ojos del Creador, cuál será su destino ultraterreno. Preguntas en las que Unamuno se manifestaba sin velos, como sin velos se había manifestado al formularlas referidas a sí mismo. Y es que, en el fondo, la pa-

---

(12) *Vida de Don Quijote y Sancho*, II, LXVII (en las O. C., IV, p. 347). Creo que estas ideas proceden de un texto de San Clemente de Alejandría, que en su *Stromata* dice que Dios ha concedido ángeles a los pueblos, a cada uno el suyo (véase *Angeles y microbios*, O. C., IX, p. 887).

tria es, como el hombre, criatura en la memoria de Dios. Por eso Unamuno llega a fundirse hipostáticamente con el corazón de la patria, con un fin semejante al que los místicos alcanzan tras la vía purgativa. Y he aquí otra nueva transposición del sentido de España a la senda oscura del alma que se dirige hacia la Luz suprema. Porque si el logro del alma está en fundirse en el seno de Dios, nuestra salvación como hombres está —también— en nuestra identificación, en nuestro vaciamiento, en el pecho supraterreno de la patria:

¿Dónde reposarás, corazón mío,
corazón de mi España, dime dónde? (13).

Que la mística ha contado en el pensamiento de Unamuno me parece evidente. No sólo ha buscado la fusión del hombre con su tierra, sino que, incluso, ha llegado a identificar la patria con Dios, con lo que la hipóstasis final reducía —y simplificaba— las diferencias que pudieran presentarse al formular como metáfora lo que es identificación. El hombre (español en este caso), a través de la vía purgativa (el conocimiento de la patria cuyo rostro es el paisaje), traspone a una Jerusalén celeste la vida ultraterrena de la patria. Allí —cielo familiar poblado de visiones familiares— el poeta encuentra su justificación última:

> «... el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote, un Dios que piensa en español

(13) *De Fuerteventura a París*, O. C., XIV, p. 561, soneto LXIX.

y en español dijo: «¡Sea la luz!», y su verbo fue un verbo español» (14).

Visión teológicamente limitada, pero patrióticamente engrandecida. Conforme se empequeñece la idea metafísica de Dios, va cobrando trascendencia meta-física la realidad del ser contingente conocido por España. Dios es atraído hacia la existencia de la patria como nosotros tiramos de El en busca de nuestra inmortalidad, empequeñeciéndolo con nuestros desvelos por comprenderlo, pero engrandeciéndonos al divinizarnos en su búsqueda. Así ese Paraíso que en el siglo XX reproduce —por tan distintas veredas— la creación de una Villa Velayo celeste, tal y como la sintió Berceo en el siglo XIII. Unamuno —no *excitator Hispaniae* (15), sino carne y sangre de España transfundida— puede entonces oír las llamadas del Dios de España, Señor y Dador de Vida por quien la patria se perpetúa (16). Si amor con amor se paga, la comunión, com-unión, es comunicación, camino reversible que trae correspondencia cuando lleva amor. Sacrificio presto para la honra de Dios, e inmortalidad para los anhelos, insatisfechos siempre, de la patria-hombre (17), tal y como se cantó en un espléndido soneto:

---

(14) *Niebla*, p. 175. Véase el soneto *Al Dios de España* en el *Rosario de sonetos líricos*, O. C., XIII, p. 573, núm. LXVI. Ideas afines a las que se glosan en el texto se pueden leer en *¡Adiós, España!* (*Romancero del destierro*, O. C., XIV, pp. 616-617) y *En Gredos* (*Visiones rítmicas*, O. C., XIII, p. 834)

(15) Cfr. E. R. CURTIUS, *Ensayos críticos acerca de literatura europea*, 2 vols. Seix Barral. Barcelona, 1959.

(16) "Tú, Señor, le marcaste su senda a mi patria, a mi España. Llévame por la misma senda por la que a ella la llevas, por donde van mis más prójimos, y aun cuando esa senda no acabe nunca. Yo sé que si no acaba nunca, Señor, es que acaba en Ti, que eres el fin único inasequible. Y sé que al acercarnos a él sin término es nuestra vida. Dame, pues, tu vida, Señor, la que no acaba" (*Oración*, O. C., IX, p. 869).

(17) "Y en mi España me adentro, tocándome persona" (*En Gredos*, O. C., XIII, p. 836, vv. 99-100). Véase, sobre todo, esta

Contestando a la llamada del Dios de España que tiene su trono en Gredos.

«¡Miguel! ¡Miguel!» Aquí, Señor, desnudo
me tienes a tus pies, santa montaña,
roca desnuda, corazón de España,
y gracias, pues que no me sigues mudo.
Tu pan hecho del aire ya está lludo,
y pues tu sangre desde el sol me baña,
capaz me creo de cualquier hazaña
bajo el dosel de tu celeste escudo.
¡Comer y trabajar, no! Quiero y hago;
mi obra, esto es, mi vida, mi fe abona
—mi obra al borde del común estrago—;
sólo espero de Ti —¡Señor, perdona!—
des a mi vida, des a mi obra en pago
una muerte inmortal como corona (18).

2

Cuando los hombres del 98 comienzan sus tareas como escritores, una serie de problemas les salen al paso. El primero, previo a cualquier otro, es el desconocimiento de España. Ignorancia de su pasado, pero ignorancia también de su imagen.

---

apostilla al soneto XLII *De Fuerteventura a París* (O. C., XIV, p. 520): "los que, como yo, creemos, en sentimiento histórico de la historia, que son las personas, los hombres, los que hacen las cosas y las llevan no debemos plegarnos a esa realidad material y que conmigo llevé a la isla la *personalidad* de España." (El subrayado, en el original.)

(18) *De Fuerteventura a París*, O. C., XIV, p. 568, soneto LXXVI. En otros muchos sitios, Unamuno ha hablado de Gredos, como lugar para acercarse a Dios, *cfr. Andanzas y visiones españolas*, O. C., t. I, pp. 607-614, 619, etc.; *Rosario de sonetos líricos*, O. C., XIII, p. 539, núm. XXXII; *Romancero del destierro*, O. C., XIV, pp. 609, 639. Y, especialmente, las *Visiones rítmicas* de *Andanzas*, O. C., XIII, pp. 833-836, y el soneto LXIV en *De Fuerteventura a París*, O. C., XIV, p. 545.

Por eso, quehacer inmediato, se va a buscar el sentido de nuestra historia, la significación de nuestra literatura o cada una de las huellas que hacen bellos a nuestros paisajes. Los libros se llamarán *Vida de don Quijote y Sancho, Al margen de los clásicos, Lecturas españolas, Don Quijote, don Juan y la Celestina*; se llamarán *Castilla, Los Pueblos, Campos de Castilla, De mi país, Andanzas y visiones españolas, Por tierras de Portugal y España* y, más tarde, *Madrid, Valencia*. En ellos y en mil artículos dispersos, en mil observaciones en el cuerpo de otros libros, está ya toda una nueva forma de sentir a España. Por las décadas que hemos alcanzado a vivir tendrán por nombre *Ciudades de España, Viaje a la Alcarria* o a Andalucía, *Vagabundos provisionales, Campos de Níjar, Donde las Hurdes se llaman Cabrera*, y en las portadas aparecerán como firmas Nadal, Cela, Fernández de la Reguera, Goytisolo, Carnicer, en una nómina que sigue abierta.

Y este enfrentarse con una realidad inmediata era la tarea más urgente. La más urgente porque de ella dependía el conocimiento que trae amor. Y Unamuno, con escaso bagaje en su haber de escritor —*Paz en la guerra, Tres ensayos, Amor* y *Pedagogía*— publica su cuarto libro: *Paisajes* (1902). Es necesario abrir el alma al campo soleado que rodea nuestras ciudades para buscar en él la conciencia recóndita de la patria. Porque el sentido de la naturaleza nos ha faltado y de su falta nació el desvío de nuestros mejores paisajes. Pueblo urbano y bélico el español no tuvo tiempo para bañar su espíritu en «la calma sedante de la reposada campiña que ante él se desplegaba serena

y seria» (19); por eso tardó más que otros en captar la circunstancia que le rodeaba. Porque el paisaje exige una capacidad de objetivación que se desarrolla más lentamente entre los hombres abocados a la acción. Es necesario el sosiego para poder contemplar las cosas y, más aún, para que las cosas se vayan adentrando en nuestro espíritu hasta pulsar las fibras más sensibles. De ahí que sólo tardíamente el hombre perciba el paisaje como retazo de su propia alma. Muchos siglos de andadura hicieron falta para llegar a Gil Vicente, a Tirso y encontrar en ellos esos tesoros de emociones no cencidas, donde el campo y la música prueban la talla espiritual del hombre.

(*El campo al triste entristece,*
como la música) (20).

De nuestra vieja literatura, nadie como fray Luis de León tuvo el sentimiento de la naturaleza, ni nadie como él acertó a interpretar —más allá de toda contingencia— el alma del paisaje. El que supo descubrirlo, amó apasionadamente la paz. Porque la paz, el más cristiano de todos los sentimientos, hizo posible amar la naturaleza, cerrada a los ojos que sólo guerra veían. Por eso, en un despliegue de posibilidades unamunescas, el pueblo español necesitaría cristianizarse para descubrir su paisaje, fruto de una suave y serena paz interior. No identificarse con la imagen de la tierra que nos sustenta, equivale a des-terrarse, desarraigarse,

(19) Los textos entrecomillados, pero sin referencia bibliográfica, pertenecen a *Paisajes*.
(20) *Amor médico*. "Clásicos Castellanos", t. 81, p. 64. Véase A. ZAMORA VICENTE, prólogo a *Por el sótano y el torno*. Buenos Aires, 1949, pp. 12-13.

pues somos limo de la tierra, en el que los dedos de Dios dejaron la impronta de nuestro gesto y en la tierra está el apoyo que nos mantiene erguidos. Ser hombre es ser polvo —mas polvo enamorado— y en la identidad está también el reconocimiento de nuestro destino (21). Paisajes abiertos a los ojos que los contemplan, paisajes del alma capturados —tomados, aprehendidos— con los ojos del espíritu: larga lección de entendimiento que, sobre las tierras todas de España, escribieron para nosotros los hombres del 98.

El hombre es tierra, hechura de tierra (22), pero él mismo la enriquece cuando se hace mantillo o cuando la configura trabajándola con sus manos. Por eso el hombre necesita ir a la tierra para recobrar las fuerzas que le huyen. En esta evasión hacia el campo, hacia el paisaje, es donde hemos de encontrar las energías que condicionan nuestra naturaleza de hombres. Y es que en ese fluir del hombre hacia la tierra y de la tierra hacia el hombre se encuentra el alimento que nos mantiene y la llamada que nos guía a esperanzas ultraterrenas: porque el único camino que lleva a los astros baja —justamente— a clavarse en la sobrehaz del suelo. Así se formulan los grandes atisbos de Unamuno, fundido —panteísmo, hipóstasis— en el alma del paisaje o buscando en el breve pegujal el cordón que liga al suelo nuestra escueta parvedad.

---

(21) Recuérdese aquella maravilla que es el soneto de Quevedo *Amor constante más allá de la muerte.*

(22) En el primer ensayo de *Paisajes* se lee: "La tierra ha hecho al hombre y haciéndole le ha ganado el corazón, mas este amor interesado y terreno sólo se purga y se convierte en limpio amor a la belleza a proporción que el hombre, hecho por Dios de la tierra, hace a éste con su arte obra de sus manos."

«Pero el genuino paisaje es de pequeños rincones. Allí es donde se coge el alma del campo» (23).

Alma encontrada en la augusta soledad de la naturaleza, huyendo de la «odiable y odiosa» ciudad «del trajín social, de las vanidades y las envidias» (24). Porque fray Luis, el fray Luis combativo de la Universidad de Salamanca, el fray Luis más león que paloma, también había descubierto el campo como lustral Colina de los Asfódelos, donde se aprendía a olvidar las malignas semillas de la vanidad y la envidia. Dos hombres de ciudad —fray Luis, don Miguel— que iban al campo a nutrir su espíritu, pero que no perdían, desde el reposo de La Flecha, la imagen de Salamanca, perfecta en el horizonte, recortada en el cielo terso de Castilla. Como recomendaba Unamuno a un escritor:

«Sal de ahí, de esa Corte, cuanto antes. Si te dijesen que ese es tu centro, contéstales: «¡Mi centro está en mí!» (25).

Fuera de la corte, hechura del pecado, hacia el campo, creación de Dios. Varrón llegó a escribir: «Dios hizo el campo, el arte humana levantó ciudades.» El arte es también sinónimo de maña —artimaña, arte de birlibirloque— condenación en sí mismo, pues el *Génesis* cuenta (IV, 17) que «conoció Caín a su mujer, que concibió y parió a Enoc. Púsose aquél a edificar una ciudad, a la que

(23) *Andanzas*, O. C., I, p. 841.
(24) *Andanzas*, O. C., I, pp. 624-625.
(25) *¡Adentro!*, apud *Ensayos*, O. C., III, p. 419.

dio el nombre de Enoc, su hijo» (26). Ciudad alzada para ocultar el pecado y escapar a la voz vengativa de Yavéh. Temor a la soledad de quien tiene ensangrentadas las manos; amor a la soledad de quien presenta su alma limpia para encontrarse así mismo, para poder —algún día— hablar con Dios. Y a vueltas de tantas sendas, otra vez, como en la identificación del paisaje con la patria; la vuelta hacia sí mismo, el peregrino que camina a su propio hogar para no seguir siendo un extraño vagante por el campo. Sólo en la soledad incontaminada de nuestra propia alma, el hallazgo de nuestra inalienable singularidad (27):

la civilización es un desierto
donde la fe con la verdad se irrita (28).

La civilización es un desierto, la *civitas* terrena es la soledad, mientras que la terca independencia mantenida es el único camino que nos lleva a la compañía de Dios. Bien lo contó Antonio Machado en los *Apuntes* de *Los Complementarios* (29).

> Ruego a Dios nos traiga pronto a don Miguel, antes de que en París nos lo crucifiquen.
>
> Temo mucho —¡ojalá me equivoque!— que Unamuno encuentre París más desierto que Fuerteventura.

---

(26) Estos, con otros conceptos de Herótodo y Quevedo, aparecen en *Civilitas*, soneto LXXV del *Rosario* (O. C., XIII, p. 581).

(27) "Podría decir con Séneca que cuantas veces me entrometí con los hombres volví de ellos a mí mismo más inhumano" (*Andanzas*, O. C., I, 737). Cfr. el soneto *Soledad* (*Rosario*, O. C., XIII, p. 588, núm. LXXXII).

(28) *De Fuerteventura a París*, soneto LXV, apud O. C., XIV, página 547.

(29) ANTONIO MACHADO, *Los complementarios y otras prosas póstumas*. Ordenación y nota preliminar de Guillermo de Torre. Buenos Aires, Editorial Losada (1957), p. 16.

Que el Señor lo acompañe.
Que el Señor lo acompañe.
Que el Señor lo acompañe.
De franceses y de Chiriguos libra, Señor, a nuestro don Miguel (30).

3

Unamuno, como los hombres de su generación, descubrieron el paisaje buscando en él el conocimiento de España, y enraizando en el conocimiento toda su capacidad de amor. Surgió así una patria tierna y amable, suave y dulce como la madre, por más que su piel se vea surcada de arrugas. El amor, nacido del conocimiento, creó una realidad meta-física de España más allá de la historia y de la geografía. País de ensueño que, convertido en trasunto celeste conservó su imagen terrena para conformar una nueva patria en el Paraíso. Pero el descubrimiento del paisaje es una superación de

---

(30) Fuerteventura, otro paisaje entrañado en Unamuno, no fue para él ningún desierto. Podríamos multiplicar los testimonios hasta el inifinito. Por lo que atañe a mi exposición, me limito a copiar los tercetos del soneto VIII *De Fuerteventura a París* (O. C., XIV, p. 484):

Roca sedienta al sol, Fuerteventura,
tesoro de salud y de nobleza,
Dios te guarde por siempre de la hartura,
pues del limpio caudal de tu pobreza
para su España celestial y pura
te ha de sacar mi espíritu riqueza.

Y Unamuno es hoy leyenda, "verdadera historia" diría él, en Fuerteventura. Cuarenta años después, buscando palabras —*tabaiba, magua, majalulo, güelfo,* por no citar sino las que don Miguel recoge— he ido a la isla. En 1965, en 1966, Unamuno es una presencia viva. Aquel niño de 1924, que fue levantado del suelo y sostenido en brazos por don Miguel; el soldado que un día le acompañó —errabundo y perdido don Miguel— y recuerda —¡aún!— las preguntas que le fue desgranando; el linaje no exhausto de los Ramón Castañeyra —leal y generosísimo— de los hijos de la isla.

las formas primitivas del espíritu: objetivación de emociones que palpitan por encima de cualquier aprovechamiento utilitario. El campo ha sido profanado por la envidia cainita, primer vagido de la conciencia rural, y lo ha tenido que redimir—*redimere* 'volver a comprar'— el hombre de la ciudad, humillado por su propia soberbia, que a la tierra —*humus*— le llevó la ambición de levantar torres.

Campos de España con los que palpitó el corazón de Unamuno y en los que vino a apagar sus latidos. Campos de España que florecen —como en viejas leyendas— con los hombres que en ellos se identificaron. Hombre y tierra, unidos en el destino y siguiendo —día a día— el inacabable sendero que los devuelve a las manos de su Creador (31). Hombre y tierra. Hombre en soledad. Tierra sin enconos. El encuentro que trasciende de toda contingencia para ser —sólo, acaso sólo— otra vez arcilla enamorada y, de nuevo otra vez, hombre que se abandona a la augusta Soledad.

4

Los *Paisajes* de Unamuno no se han vuelto a reimprimir, como libro independiente (32), desde el año 1902 (33). Don Miguel nos lo ha contado: «casi» regaló la obra a una hermosa viuda que te-

(31) No sería difícil documentar en Unamuno tales sentimientos; quien se interese, lea la *Oración* (O. C., IX, pp. 866-869), de donde ejemplifico: "Haz, Señor, que desde mi soledad sirva a las soledades de mis hermanos y que al fin nos encontremos todos en Ti, a quien van a dar nuestros senderos."

(32) Todos los trabajos pasaron a un libro misceláneo titulado *Paisajes*. Afrodisio Aguado, Madrid, 1950. *Puesta de sol* se publicó en francés en *La Revue Européenne*, III, 1925.

(33) En carta del 3 de enero de 1898 contaba a su amigo Pedro Jiménez Ilundáin el proyecto de reunir una colección de

nía que vivir de su imprenta (34). Allí, en Salamanca, donde hacía diez años que estaba —exactamente desde 1891—, empezó a sentir el pulso de España en sus paisajes: por eso estas tierras aún tan poco dilatadas en nuestra geografía y las coincidencias del librito con los poemas que en 1907 publicó en *Poesías.*

La «Colección Calón» acogió las cuartillas con otras de Blanco-Belmonte, Luis Romano (cuyas *Horas grises* llevaron prólogo de don Miguel (35), César Real, Francisco Acebal. Después de *Paisajes* saldrían las *Extremeñas* de Gabriel y Galán y los *Duelos y quebrantos* de Navarro Ledesma. Otros libros de Unamuno —las *Andanzas, Por tierras de Portugal y España*— harían olvidar estos primeros esbozos. No sé si justamente. Porque ya aquí, si se exceptúa la dramática visión de Brianzuelo, se han cumplido unos planteamientos que no se formularían doctrinalmente hasta 1920. Aquí muchas preocupaciones del Unamuno de siempre y aquí, por vez primera, esa intuición de la historia como intrahistoria y ensueño, y aquí, por vez primera también, ese *ewige Wiederkunft* de que habla Nietzsche y que, como en *Azorín*, marcharía fugitivo en unas nubes que caminan.

---

artículos, que se llamaría *Celajes y paisajes* (*vid.* M. García Blanco, O. C., I, p. 12). Alguno de estos artículos se publicó en revista antes de llegar al libro. Así, *Brianzuelo de la Sierra,* que apareció en *La Ilustración Española y Americana,* de Madrid (8 de agosto de 1900); *Puesta de sol,* que se editó en la *Revista Nueva,* I, núm. 13 (15 de junio de 1899), y *Fantasía crepuscular,* anticipada en *Vida Nueva,* de Madrid (14 de agosto de 1898) y en el t. XXXIX (1898) de *Euskal-Erria,* según notas pertinentes de M. García Blanco.

(34) Lo narra el propio don Miguel en *El dinero del libro,* O. C., X, p. 204.

(35) Puede leerse en O. C., VII, pp. 185-188.

BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL [1]

1) De carácter general:

BLANCO AGUINAGA, C.: *El Unamuno contemplativo.* México, 1959.

CLAVERÍA, C.: *Temas de Unamuno.* Madrid, 1953.

LAÍN ENTRALGO, P.: *La generación del Noventa y Ocho.* Madrid, 1947.

MARÍAS, J.: *Miguel de Unamuno.* Madrid, Espasa-Calpe, 1943.

MOELLER, Ch.: *Miguel de Unamuno y la esperanza desesperada,* en *Literatura del siglo XX y Cristianismo,* t. IV. Madrid, 1960, págs. 57-175.

OROMÍ, M.: *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno. Filosofía existencial de la inmortalidad.* Madrid, 1943.

ROMERA NAVARRO, M.: *Miguel de Unamuno. Novelista. Poeta. Ensayista.* Madrid, 1928.

2) Sobre el paisaje de Unamuno (2):

CALZADA, J. de la: *Unamuno paisajista.* CCMU, III, 1952, págs. 55-80.

CARDIS, M.: *El paisaje en la vida y en la obra de Miguel de Unamuno.* CCMU, IV, 1953, págs. 71-84.

GARCÍA BLANCO, M.: *Salamanca y Unamuno.* «El Español», núm. 9 (26-XII-1942).

PINTA LLORENTE, M. de la: *El castellanismo de don Miguel de Unamuno.* «Ciudad de Dios», CLIV, 1942, págs. 439-450.

---

1 Las publicaciones más recientes sobre la obra de don Miguel se enumeran en la *Información Bibliográfica* de la "Revista de Literatura", XXVII, 1965, págs. 310-317. Manuel García Blanco publicaba en los "Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno" una bibliografía sistemática de los trabajos que iban apareciendo.

2 CCMU.—*Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno.* Salamanca.

PAISAJES

LA FLECHA

I

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

A cosa de una legua larga de la ciudad de Salamanca, junto al viejo camino real de Madrid, y a orillas del claro Tormes, se encuentra el deleitoso paraje de la Flecha, cuyo sosiego cantó el maestro Fray Luis de León.

Los lugares cantados por excelsos poetas y en que estos pusieron el escenario de sus perdurables ficciones son tan históricos como aquellos otros en que ocurrieron sucesos que hayan salvado los mares del olvido. Los famosos campos de Montiel no evocan más el fratricidio de Enrique de Trastamara que las hazañas de D. Quijote. Y ¿es que tiene acaso para nosotros el rey bastardo mayor realidad que el ingenioso hidalgo manchego? Las ruinas de Itálica no son sugestivas e históricas sino merced a aquel canto estupendo que las perpetuará en la memoria de las gentes mientras la lengua castellana dure.

Si en España hubiese entrañable cariño al tradicional consuelo de nuestra poesía, serían los lugares que inspiraron a nuestros poetas y los que estos de cualquier modo consagraran, términos de visita como lo son en otros países los lugares allí poetizados. Ningún amante de nuestra lírica dejaría de visitar, una vez en Salamanca, el rincón apacible de la Flecha, como ningún amante de la lírica inglesa deja de visitar, así que se le ofrezca ocasión propicia, aquel río Duddon al que cantó el dulcísimo Wordsworth.

Debe, además, atraer a esa sosegada orilla del Tormes, a todo amante de las letras castellanas, una especialísima circunstancia, cual es la de haber sido cantada por un ingenio que parece como reconcentrar en sí y monopolizar uno de los sentimientos más raros en la castiza literatura castellana: el sentimiento de la naturaleza.

Ofrécesenos en general este pueblo como pueblo urbano y guerrero, sin clara conciencia de la hermosa soledad de la austera llanura que lo sustenta. Recogido en ciudades y poblados donde se defendía y amparaba de las incursiones del moro y de los contrapuestos rigores de la temperie, desarrolló en su espíritu sentimientos sociales de viril independencia y de anárquica altivez, mas no fue a bañarlo en la calma sedante de la reposada campiña que ante él se desplegaba serena y seria. Su campo fue campo de labor y de batalla, al que la lucha de ocho siglos no le dio bastante tregua para mirarlo con ojos de paz y de sosiego. Y así vemos que lo culminante en su literatura es el teatro, en cuyas tablas y al aire libre no pocas veces, juegan las pasiones sus conflictos y el hombre y sus actos lo absorben todo.

Cierto es que en ninguna de nuestras literaturas es muy antigua la acabada expresión del sentimiento de la naturaleza, hasta tal punto que haya podido decirse de él que es sentimiento moderno, pero tampoco cabe negar que aún dentro de la casi inconciencia con que en pasados tiempos se ofrecía, estaba en España más oculto por lo menos que en otros pueblos y como más ahogado y cohibido.

No es de creer, sin embargo, que el sentimiento de la naturaleza, sea de florecencia moderna. Lo moderno será, en todo caso, su expresión más adecuada y trasparente, su revelación tal vez, el que hayamos llegado a darnos cuenta de él despertándolo. En el labriego que mira con amor su terruño duerme ese sentimiento, sofocado en gran parte por los cuidados y ansiones que le inspira la fuente de su material sustento, pero no se muestra al mismo que lo abriga, como lo hace en el poeta, que libre de la pesadilla económica en tal respecto, contempla al campo como lo contempla un hijo y no un esclavo, bajo la apariencia de dueño, de la tierra. Hasta que el hombre no se emancipe de su madre material, la tierra, que le rechupa sudor y sangre, hasta que no se sacuda de las cadenas con que la historia le ha adscrito a la gleba; hasta que no movilice la propiedad territorial y haga de la agricultura una libre industria, hasta tanto no llegará a ver por completo el campo con ojos de alma que bebe su reposo y en su sosiego se mete, no la llegará a ver como a madre, y no cual hoy, como

madre en el parto, en el querer madrastra.

Pero tampoco llegaría nunca a sentir la hermosura del campo si no hubiese tenido antes que luchar con él para arrancarle el pan de que se nutre regándole con el sudor de su frente.

La belleza es ahorro de utilidad y el deleite con que la campiña nos regala no es debido en la última inquisición, a otra cosa más que a la oscura reminiscencia subconciente del alivio que en sus necesidades le debieron nuestros remotos padres y los padres de ellos en rosario de innúmeras generaciones. El intenso gozo animal que esperimenta el pobre salvaje sediento al dar con una fuente y el sobresalto de alegría de la carne toda que al oir a lo lejos su murmullo se le produce, acaba por convertirse, con el rodar de los siglos, en purísima sensación estética, desligada ya en nuestra conciencia de su utilitario origen. El deleitoso esponjamiento espiritual con que nos regala el ver caer lentamente, cual si se derritiera el cielo sobre la tierra, el extenso manto de la lluvia, a cuyo recibimiento parece dilatarse la llanura, dando luego, como en expansión de gozo y en hacimiento de gracias, más penetrantes sus aromas ¿es tal deleite nuestro otra cosa que el eco en nuestras conciencias del interesado y carnal placer con que el pastor se deja empapar en agua bendita del cielo, que le regala una brizna de rica yerba de pasto por cada hebra de lluvia de riego? Así es como el sentimiento estético de la naturaleza, nacido del agradecimiento a los favores que nos hace, sólo se perfecciona y acaba a medida que nos hacemos dueños de esos favores mismos de los que antes éramos esclavos.

La tierra ha hecho al hombre y haciéndole le ha ganado el corazón, mas este amor interesado y terreno sólo se purga y se convierte en limpio amor a la belleza a proporción que el hombre, hecho por Dios de la tierra, hace a ésta con su arte obra de sus manos y de sus agotadoras caricias se desprende. Cuando sea la tierra por entero obra del hombre, hallará éste la utilidad de aquella reflejada en belleza y a belleza reducida.

Rindieron culto los antiguos a la Tierra Madre, a Demeter, y todas las mitologías la han ensalzado, hermoseándola con sus ficciones. Simbolizaron en héroes a los que desecaron pantanos, roturaron baldíos, plantaron huertos y enseñaron a labrar los campos. Los más de los hazañosos trabajos de Hércules fueron agrícolas. Poco a poco ha ido el hombre convirtiendo a la naturaleza en habitación suya, haciéndola más humana, humanizándola. Y a la par su tra-

to con ella, el continuo roce, ha ido acercándole a ella más y más, enseñándole a mirarla con amor, naturalizándole en fin.

Así es como concurren a concuerdo el hombre humanizando con su labor a la naturaleza y ésta naturalizando de rechazo y como en pago al hombre, y así es como nos hacen vislumbrar el ideal de un hombre enteramente natural en comunión íntima con una naturaleza a la que podamos llamar ya humana. Y ¿es acaso en el fondo este ensueño algo que no sea un trasunto de perfecto cristiano en quien la gracia se hace naturaleza y la naturaleza gracia? El sentimiento mismo de la naturaleza ¿no es acaso, en rigor, un sentimiento cristiano? Dormitaba en el alma pagana, como dormitaba el cristianismo en ella, pero no llegó a despertarse y empezar plena vida hasta que libertándose el hombre, por la gracia de Cristo, del pecado original, se desligó de los enervadores brazos con que la naturaleza la retenía y así desligado pudo mirarla frente a frente.

Muy rudamente tenían los castellanos que labrar sus llanuras y sacar de ellas con que sostenerse en la lucha por conservarlas, para que pudieran detenerse a dejarse empapar de su hermosura. Mas no por esto hemos de decir que no la sintieran.

En no pocas obras de la más genuina literatura castellana se siente el campo de Castilla, aun cuando no esté en ellas expresado. Es como fondo oculto, cual profundo tono armónico que sostiene a la abierta melodía. Sólo dejando que nos embeba el espíritu el alma del vasto páramo castellano se revive a Segismundo y se recogen con fruto las encendidas aspiraciones místicas de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz.

Este sentimiento castellano de la naturaleza llega en Fray Luis de León a cobrar conciencia de sí y a revelarse expresándose en forma limpidísima y trasparente. No fue el ceñudo páramo el que le atrajo, no fue la llanada adusta, campo de combates, sino que fue un tranquilo rincón a orillas del Tormes, fue un refugio de verdura y de sosiego, un asiento de paz. Con el amor a la paz se aunó y casi se confundió en su espíritu el amor al campo. Su escondido huerto de la Flecha, al abrigo de unas escotaduras y al arrimo del sosegado río fue el retiro en que se apartó de los sinsabores de enconadas disputas en aquel siglo de más estruendo que justicia. Allí, tendido con sus compañeros en el soto de una isla a la que el Tormes abraza, cual

discípulos de Platón en los jardines de Academo, sostuvo aquellos diálogos de «Los nombres de Cristo» y allí cantó a la armonía y a la paz.

¿Qué amante de nuestras letras dejará de visitar, si a Salamanca llega, el rincón de la Flecha?

II

EL PARAJE

De ninguna parte en los alrededores de la ciudad de Salamanca se abarca paisaje más espléndido que desde el alto del Rollo. Tiéndese a la vista hacia el naciente y más allá del río una extensa llanura de suaves y amplias ondulaciones, quebradas por tal cual teso, como el del Carpio y los famosos Arapiles, llanura que semeja vastísimo tapiz abigarrado de retazos, ya verdes, ya rojizos, ya azulados. Quiebra el horizonte la sierra de Gredos como si el llano, al acabarse, se alzara al cielo en gigantesca oleada de espuma petrificada.

De allí, del alto del Rollo, arranca el antiguo camino real de Madrid, hoy abandonado, paralelo al río. Siguiéndole gozan de gran plenitud de aire el pecho y la vista de una inmensa campiña abierta, cuya amplitud absorbe. A un lado corre el Tormes limitando la llanura, y al otro, se alzan, a poco de perder de vista a la ciudad, los cortes y arribes en que se quiebra la meseta de la Armuña. Los escarpados que el talud de esta quebradura forma muestran, resquebrajadas de sed, gredosas capas, estratos que al asentarse dejó algún mar lento de las pristinas edades del planeta. En avanzando se llega a perder de vista la meseta, cuando el camino se hunde, cortando entonces el azul del cielo la arista limpia en que su talud termina. A la derecha del caminante fluye el Tormes con imperceptible curso, lamiendo la tierra y formando en la arenilla de su lecho alfaques de finos perfiles, alfaques que, convertidos a las veces en islotes, fingen pajizos témpanos varados en las aguas.

En el seno mismo del río y en uno de estos islotillos crece un árbol solitario y escuálido que parece bañar sus pies en la tranquila corriente. Se alzan en las márgenes del río cortinas de espigados álamos, lánguidos y derechos, infundiendo al que los contempla la sensación de sencillez

suprema que este humilde árbol produce. Porque es el pobre álamo de las orillas un árbol que parece encarnar en el paisaje el espíritu de aquellos *primitivos* que pintaron la gloria con los matices del alba; es un árbol que tiene algo de dulce rigidez litúrgica. La grave encina, vestida siempre e inmóvil, se esparce por la llanura, mientras el álamo se recoge junto a los ríos, riberas y regatos, mirándose en las aguas como tiembla al aire.

A la hora y media de caminata se llega a la Flecha, donde el maestro León puso la escena de aquellos preñadísimos diálogos de «Los nombres de Cristo».

«Era por el mes de junio, a las vueltas de las fiestas de San Juan, a tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo, después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como usted sabe, tiene mi monasterio en la ribera del Tormes, y fuéronse con él a hacerle compañía y por el mismo respecto los otros dos.

»Adonde habiendo estado algunos días aconteció una mañana, que era la del día dedicado al apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella. Es la huerta grande y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista y, sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño se anduvieron paseando y gozando al frescor, y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas que entraba a la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante y no muy lejos se veía el río Tormes, que aún en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega.

»El día era sosegado y purísimo, y la hora, muy fresca. Ansí que sentándose y callando por un pequeño tiempo después de sentados Sabino (que ansí me place llamar al que de los tres era el más mozo) mirando hacia Marcelo y sonriéndose comenzó a decir ansí: «Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece y debe ser condición de entendimiento profundo, mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar.»

Rompió allí el maestro León a cantar y allí, más que en ninguna otra parte, revivió el espíritu horaciano cantando la descansada vida del que huye del mundanal ruido, recogido de la tempestad del mundo en aquel secreto seguro y deleitoso.

Allí le despertaban las aves con su cantar sabroso, no aprendido; allí vivía consigo mismo, gozando del bien que debía al cielo:

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

En la ladera del monte, del escarpado o arribe más bien de la meseta, quedan los restos de aquel huerto; allí sigue murmurando la fontana pura que se esconde hoy entre juncos. Es una recogida veguilla en un anfiteatro de escarpes. Una serena calma posa en la sencilla pobreza de aquel paisaje. Aun se alza un sotillo de álamos al abrigo de las laderas y sobre todo ello se cierne la melancolía del abandono, adivinándose por donde quiera que hubo un tiempo en que la mano humana ejerció allí su más pacífico oficio.

La vía férrea corta la antigua granja de los agustinos. Cerca ya del río, en su orilla misma y convertida hoy en alquería de labor, se levanta la casa en que aún queda la antigua capillita, destinada al presente a despensa de embutidos [1]. De allí se abarca una vista de paz, un espectáculo de serenidad. Frente a la alquería y en el río mismo se levanta una pintoresca aceña que comunica con una isleta.

En esta isleta puso el maestro León el escenario de aquellos dulcísimos diálogos en que vertió más que en ninguna otra de sus obras la miel sabrosa de su doctrina. Cuando la fuerza del calor comenzaba a caer «saliendo de la granja y llegados al río que cerca dellos corría, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto, que se hacía en medio de él, en una como isleta pequeña, que apegada a la presa de unas aceñas se descubría.

(1) Esto fue escrito hace ya unos años. El actual dueño de la Flecha, el Sr. Conde de Cabrillas, movido de un laudable celo, se propone arreglar algo el lugar y en adelante no servirá de despensa el oratorio en que Fray Luis se recogiera.

»Era el soto aunque pequeño espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja y entre las ramas que la tierra de suyo criaba tenía también algunos árboles puestos por industria y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el agua que por entre las piedras de la presa se hartaban del río y corría cuasi toda junta. Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros y metidos en lo más espeso dél y más guardado de los rayos del sol junto a un álamo alto que estaba cuasi en el medio, teniéndole a las espaldas y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y cuasi juntando los pies al agua se sentaron.»

¡Qué recogida dulzura la de ir hoy al soto aquel a empaparse en la entrañable poesía de «Los nombres de Cristo», reposando de vez en cuando el espíritu y como apacentándolo en la contemplación del paisaje que de allí se coge! ¡Qué retiro para mamar la dulcísima y nutritiva leche de doctrina de la más encumbrada obra filosófica escrita en lengua castellana!

Hacia el poniente y a través de los álamos que bordan las orillas de la isleta se distingue en lontananza a la ciudad como un relieve de la lejanía. Domínala la silueta del vasto macizo de la catedral nueva: a un lado, el obtuso busto de San Esteban, convento de dominicos; al otro, la gran fábrica de la Clerecía, que semeja un inmenso murciélago con las alas plegadas —tal fingen sus dos torres flanqueando la espadaña barroca de su fachada—, y más apartada la cúpula airosa de las Agustinas. Aquel lejano relieve que a modo de ecrecencia del terreno se tendía entre la plata del agua y la del cielo la última vez que lo ví al caer de una tarde serena, aumentaba de gusto la paz de sentirse fuera de la ciudad. Hacia el naciente cierran la vista secas vertientes que ostentan sus estratos, la pared rojiza de la meseta sobre que se asienta Cabrerizos.

Al norte se tiende arrancando de las arenas del río, la llanura plácida que sube como el mar parece subir visto desde la orilla, coronada en el horizonte, en alta tierra, por la limpia sierra, cual costa de otro mundo.

Es un paisaje modesto, casi pobre, sencillísimo, lírico a la vez, sin exuberancias ni esplendideces deslumbradoras, con aire purísimo y extensión vasta, con ámbito trasparente. Parece la tierra un mero soporte del cielo; es el paisaje en que mejor se comprende que se fusionaran en el alma del maestro León el humanitarismo y la mística, Horacio y el Areopagita.

El río tranquilo, los álamos que le bordan y en él se miran espejados, la sierra que en el fondo se alza, rompen la monotonía ceñuda de la llanada. Sin ser un típico paisaje castellano es una revelación de la dulzura que el adusto páramo guarda aún en sus entrañas.

En aquel deleitoso rincón de la Flecha, junto al claro Tormes que marcha tan lento que parece gozar durmiéndose, aprendió fray Luis la alegre desnudez de la pobreza y el gozo de la resignación y allí fue donde mejor le aleccionó el cielo espléndido en la armonía de los mundos con la dulce sinfonía de las puras líneas de aquel paisaje de sencillez paradisíaca a que reviste de castísimos colores. Tendido el poeta en las márgenes del río, frente a la cortina de álamos de la orilla opuesta y viéndola cual a friso burilado en el cielo que en las puras aguas parece continuarse, acabaría por sentir a la tierra en que yacía cual a mero ropaje del espacio, penetrando así en lo más hondo de aquella enseñanza de que «la vida es sueño». ¡Qué dulce soñar el de aquella vida! ¡Qué dulce vida la de aquel soñar!

Allí, contemplando el vasto cielo, fue donde debió de haber soñado fray Luis con más ahinco en el reino de la paz eterna, su constante anhelo; allí, contemplando lejos la ciudad donde el siglo le movió guerra y le trató con prisiones y sinsabores, fue donde meditó en la miseria de la ley de la guerra y donde trazó aquel luminoso cuadro del gobierno pastoril y donde elevó aquel soberano himno a la paz, himno que hinche las más preñadas páginas de «Los nombres de Cristo».

III

LA PAZ DEL CAMPO

Una íntima calma parece desprenderse de la campiña que en la Flecha rodea al Tormes a la par que desde el cielo purísimo desciende al alma fecundante lluvia de paz. El silencio mismo que allí impera canta paz y a la paz bendice la soledad del sitio. Allí el maestro León se hartaba de campo, escuela viva de paz, y de paz gozaba allí como en ningún sitio.

Media una íntima relación entre el amor que fray Luis profesó a la campiña y el amor ardiente con que amó a la paz, como hay íntimo enlace entre el soplo guerrero que movió durante siglos al espíritu castellano y la sequedad

de éste frente a la hermosa sencillez de las vastas llanuras en que desplegaba sus hazañosas empresas.

Era para el maestro León la reposada campiña escuela de amor puro y verdadero, la tierra toda «morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura».

Sólo desde el campo cabe penetrar en toda la sublimidad de la vasta llanura de los cielos; sólo desde el paisaje adquieren su más acabada significación los simbólicos celajes; sólo el verde de los campos da su preñado sentido al rosa de las almas y al azul de los espacios.

Allí, en la Flecha, rompía como los pájaros a cantar en viendo lo verde y de la callada música de aquella amplia vestidura del espacio recogió la dulcísima melodía de sus cantos. Regalada música eran para su alma los perfiles de la lejana sierra, la argentea capa que hasta el verano la reviste, el cristal de las aguas, la resignada sencillez de los álamos... música de líneas, de formas y de colores que hacía que a su divino son tornara el alma

... a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Allí iba a reponerse de las fatigas de su magisterio, labor también de pacífico combate esta del magisterio, e iba a recobrar salud «que es un bien que consiste en proporción y en armonía de cosas diferentes y es como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo».

Para él fue Cristo ante todo Pastor. «La vida pastoril es vida sosegada y apartada de los ruidos de las ciudades y de los vicios y deleites dellas. Es inocente ansí por esto como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tienen sus deleites y tanto mayores cuanto nasen de cosas más sencillas y más puras y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del verdor de las yerbas y de la belleza de las rosas y de las flores.» «Puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar, pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad. Y a la verdad, los poetas antiguos tanto con mayor cuidado atendieron mucho a huir de lo lascivo y artificioso de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco de verdad y mucho de arte y torpeza. Mas el ánimo pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado a buen fin, y como gozan del sosiego y libertad de nego-

cios que les ofrece la vida sola del campo no habiendo con él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales a ello también la vista desembarazada que de continuo gozan, del cielo y de la tierra y de los demás elementos, que es ella en sí una imagen clara o, por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra a todos amistados entre sí y puestos en orden y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose a veces y comunicándose sus virtudes y pasándose unos en otros y ayunándose y mezclándose todos y con su mezcla y ayuntamiento sacando de continuo a luz y produciendo los frutos que hermosean el aire y la tierra.»

Después de este estupendo cuadro de la armonía, alma de la paz y madre de sus frutos, explícanos el maestro cómo es el oficio pastoril la mejor escuela de gobierno: «Porque su gobierno no consiste en dar leyes ni en poner mandamientos, sino en apacentar y alimentar a los que gobierna.» El pastor administra por sí solo lo que a su grey le conviene «él la apasta, y la abreva, y la baña, y la trasquila, y la cura, y la castiga, y la reposa, y la recrea, y la hace música, y la ampara y defiende». «La vida del pastor es inocente y sosegada y deleitosa, y la condición de su estado es inclinada al amor y su ejercicio es gobernar dando pasto y acomodando su gobierno a las condiciones particulares de cada uno y siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necesario y enderezando siempre su obra a esto, que es hacer rebaño y grey.»

Cantó el maestro León al campo y como a genuino hombre del campo, al pastor, al pastor errante que se enseñorea de la tierra, no al labrador que, esclavo del terruño, la ara.

La vieja historia nos la cuenta el Génesis (cap. IV, versículos 2 a 7): «Fue Abel pastor de ovejas y Caín fue labrador de la tierra. Y aconteció andando el tiempo que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Dios y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas y de su grosura. Y miró Dios con agrado a Abel y a su ofrenda; mas no miró propicio a Caín y a la ofrenda suya. Y ensañóse Caín en gran manera y decayó su semblante. Entonces Dios dijo a Caín: «¿Por qué te has ensañado? ¿Por qué se ha inmutado tu rostro? Si bien hicieres, ¿no serás ensalzado? Y si no hicieres bien, el pecado está en la puerta. Con todo esto a ti será su deseo y tú te enseñorearás de él.» El pastor que guía sus rebaños por las extensas pra-

deras lo espera todo del cielo: de la gracia de Dios; el labrador que suda sobre la tierra y la desgarra el seno estima el sol y la lluvia como debida recompensa a sus afanes. Tal vez por esto fue más grata a Dios la ofrenda del que sólo esperó en su gracia.

Y aconteció que estando el labrador y el pastor en el campo, «Caín se levantó contra su hermano Abel y le mató». Excusóse luego diciendo al Señor: «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» y Dios le dijo: «¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito tú de la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano.» Y le mandó errante y extranjero. Y fue Caín el labrador y el primer fratricida quien primero edificó una ciudad, la ciudad de Henoc, mientras discurrían los pastores por las vastas praderas asentando donde quiera sus movibles tiendas. Fue el labrador fraticida quien primeramente acotó la tierra para hacer morada estable y de ella ciudad.

Corrieron los siglos, vino el Cristo y pastores le adoraron al nacer, mientras los ángeles cantaron gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, y en la ciudad, a cuyos hijos quiso tantas veces en vano reunir como reúne la gallina bajo sus alas a los polluelos, en la ciudad fue donde le dieron muerte afrentosa.

¡Pueblos pastores que pasan sobre la tierra! ¡Pueblos labradores que se agrupan en torno a las ciudades! ¡Eterna dualidad de la historia humana! Seguid a un pueblo pastor, hecho a vivir sobre la tierra y no adscrito a ella y le veréis que cuando los demás pueblos le aprietan y confinan, cuando el campo de pasto se reduce y no le queda a dónde trashumar, antes de encorvarse a guiar el arado, se vierte por sobre los demás pueblos haciéndose mercader e intermediario entre ellos, verdadero pastor de hombres. Son tal vez estos los que no se han sujeto al arado, los que han de revelar la hermosura del campo.

«Vive en los campos Cristo —dice el maestro León— y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego, y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida tiene puesto él su deleite, porque ansí como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible y es lo sencillo y como el original de todo lo que de ella se le repone y se mezcla, ansí aquella región de vida adonde vive aqueste nuestro glorioso Bien, es la pura verdad y la sencillez de la luz de Dios y el original expreso de todo lo que tiene ser y las raíces firmes de donde nacen y adonde estriban

todas las criaturas. Y si lo habemos de decir ansí, aquellos son los elementos puros y los campos de flor eterna vestidos y los mineros de las aguas vivas y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde exentos de toda injuria, gloriosamente florecen la haya y la oliva y el linaloe con todos los árboles del incienso en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece.»

El campo es aquí abajo, según el maestro León, el más fiel, aunque debilísimo trasunto, del «alma región luciente, prado de bienandanza».

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

Allí, en medio de la paz del campo, elevó al limpio cielo aquel himno soberano a la paz que irrumpió de los sosegados diálogos que con sus hermanos sostenían en el soto de la isla de la Flecha.

Cuando tornaba a la ciudad, herencia de la obra del fratricida, eran sus almenadas murallas lo primero con que tropezaban sus ojos, con aquel ceñidor de piedra con que el genio de la guerra, de Caín, la apretaba. Y allí dentro, en el murado recinto, en el aire cargado de ajenos alientos y de vaho de concupiscencias respiraba rencores de odios y enconadas disputas y querellas y sentía vibrar en el ambiente los ecos de las luchas de los bandos que ensangrentaran en un tiempo las calles de la ciudad. Ni en el refugio del convento gustó de paz en la ciudad, cuyas cárceles le habían tenido de huésped.

Parecen en perdurable lucha las ciudades y las campiñas. En aquéllas residen, por lo común, los que poseen y explotan los acotados predios, desde sus urbanas guaridas se los disputan, negocian y reparten. Intereses ciudadanos llevan de tiempo en tiempo la agitación al campo y meten a sus hijos en guerras y en rencor.

¡Cuándo será el día en que el alma del campo libre se tienda por las ciudades reduciéndolas a islotes en el verde

mar del campesino sosiego y el cielo que por igual los cubre, los una en la santa paz! ¡Cuándo será el día en que, rotas las cadenas que aún atan a la tierra al humano linaje, peregrine éste por ella como grey que sobre el prado pasa! ¡Cuándo será el día en que se realice el sueño de paz del maestro León y se unan los hombres bajo el campo del cielo y bajo el dulce cayado del divino Pastor!

BRIANZUELO DE LA SIERRA

(NOTAS DE VIAJE)

Llegamos a Brianzuelo de noche ya, después de habernos perdido en el vasto castañar que lo precede; llegamos rendidos. No sé qué me daba el que las pisadas de nuestras mulas resonasen en el silencio del pueblecillo, turbando su quietud. Parecíame sagrado el sueño de aquellos lugareños, porque es un sueño merecido y bien ganado.

Llamamos a la puerta de la posada, una enorme puerta de castaño con una enorme argolla, y al cabo de buen rato asomó soñoliento el posadero, se informó de nosotros, abrionos la puerta y nos dio camas. Al poco rato dormíamos como marmotas. Y aquel sueño, aquel sueño profundo y tranquilo es el recuerdo más puro y más hondo que de Brianzuelo de la Sierra conservo.

Desperté temprano, pero con gran pereza de levantarme. Oía rebullicio de gente y de caballerías en la calleja. Y pensaba: «¿Qué gente será?, ¿qué harán?, ¿qué dirán?, ¿cuántos serán?, ¿en qué pasarán el tiempo en este lugarejo agazapado entre castañares, aquí, en este bravío repliegue de la sierra?, ¿qué idea tendrán del mundo?, ¿cómo será el lugar?» Y me puse a imaginar cómo sería el lugar, sobre la pobre base de mi rapidísima inspección nocturna de la víspera. Todo menos levantarme a ir a verlo.

Vino mi compañero:

—¡Ea, perezoso, arriba! Vamos a ver el pueblo...

—¡A ver el pueblo!—le contesté—. ¿Y para qué?

—¿Para qué? ¡Tú estás malo!... ¿Pues a qué hemos venido?

—¡A soñarlo! Déjame que me le figure a mi antojo...

—Lo mismo podías habértele figurado en la ciudad...

—No; lo mismo, no. Aquí estoy en él y la conciencia de estar en él vivifica mi imaginación; aquí respiro con su aire sus efluvios espirituales; aquí oigo el rumor de sus gentes... ¿quieres que no salgamos de este cuarto y que esta noche, a oscuras, prosigamos nuestra excursión?

—Vamos, no seas loco; ten juicio y levántate.

Y como la presencia de mi amigo y compañero de jira me infunde juicio siempre, me levanté, me vestí lo más pausadamente que pude y, desperezándome, salí al balcón. Era una calleja estrecha y oscura; las casas, de armazón de madera mal recubierto con barro y adobes; casas negras con enormes balconajes de madera también y unos aleros que iban casi a tocarse con los de la casa de enfrente, lo cual hacía que el cielo de la calleja fuese una faja recortada en caprichosos zis-zas, como si un niño lo hubiese hecho a tijera. Algunas casas estaban sobre rocas que asomaban saliendo del suelo. Los vastos balcones —más bien galerías—estaban llenos de toda clase de enseres y cachiyaches, trapos y colgajos; parecían un rastro.

—Esas casas me hacen el efecto de barcos anclados—dije a mi amigo.

En las puertas de las casas había unos hombres robustos, colorados, de mirada de esas que no se posan sobre los objetos, sino que los asen, con los rollizos brazos remangados, sentados en el umbral, bajo la gran toza que hacía de dintel. Recordáronme a los obreros de la parábola que esperaban quien los alquilase.

—¿Qué hacen?—me preguntó mi amigo.

—¿Pues no lo ves?...

—No, no veo lo que hacen...

—Es que tienes ojos y no ves... Hacen lo que ves..., estar y vivir.

—¡Qué vida!

—¿Qué vida? ¿Sabes que me gustaría quedarme aquí, y sentarme con ellos así, en el umbral de la puerta, a ver pasar los perros, e ir un rato a la fuente a ver las mozas, y después de haberme dejado empapar de esta vida difusa, lenta, de pura costumbre, escribir una «Historia universal de Brianzuelo de la Sierra»?

—¿Universal... y de Brianzuelo de la Sierra? ¡Vaya un universo!

—Cada uno de esos hombres que están ahí sentados lo es.

—Vaya, vaya; vamos a ver el pueblo.

Desayunamos con la mayor calma posible, haciendo tiempo, y paladeé con deleite un gran vaso de espumosa leche.

—Y pensar que de la leche también se hace alcohol... —dije a mi amigo.

Salimos, dirigiéndonos hacia el ejido del lugar. Descubríase desde él un vasto panorama, empapado en paz. El

sol vestía al valle, todo florido entonces. El río parecía una inmensa serpiente que se estremeciera de escalofrío. No se oía más que a un cabrero que gritaba no sé qué. Cerca de nosotros un leñador trabajaba en un castaño derribado.

—Datos para tu historia universal—me dijo mi compañero.

—¿Datos? ¿Qué es eso de datos? ¿Te figuras que habría de ser una historia documentada?

No lejos de nosotros, a la puerta de una miserable casucha y al socaire, una vieja, teniendo en el halda a un gato al que acariciaba incesantemente, contemplaba el valle.

—¿Cómo se irá posando el valle en el espíritu de esa pobre vieja?—dije a mi amigo.

—¡Bah! ¡Se lo sabrá ya de memoria!

—Sí, el valle será un pedazo de su alma, el escenario de ella acaso; si se lo quitaran moriría... de seguro.

—Verás; le preguntaremos algo.

Y acercándose a la anciana le preguntó:

—Diga, buena mujer, ¿cómo se llama aquel pueblecillo que se ve allí a la derecha, sobre aquel altozano?

—¿El que tiene a su derecha, en lo más alto, la iglesia?

—El mismo.

—Aquel es Frajenuela. Pero... ustedes no son de aquí.

—No; somos forasteros.

—¿De la ciudad acaso?

—Sí, de la ciudad.

—¿Son ustedes los que vienen a eso del camino real?

—No; venimos nada más que de paseo.

—¿De paseo?—y dejó de acariciar al gato.

—Sí, de paseo.

—Entonces son ustedes unos señores... No les extrañe que no lo haya conocido antes, porque como estoy ciega.

—¿Ciega?

—Ciega, sí, señores; llevo veinte años así. Salgo aquí y me paso el tiempo con este bribón de michino y viendo el valle...

—¿Viéndolo estando ciega?

—Como si lo viera, señor, como si lo viera... Pero de paseo..., de paseo a Brianzuelo... ¿Qué pueden ver en Brianzuelo unos señores de la ciudad? Me acuerdo bien de la ciudad, muy bien... ¡Qué iglesia tan grande! ¡Qué catedral aquella! Allí dentro cabe todo este lugar. ¡Qué columnas! Pero a mí me daba miedo aquella catedral tan grande...

—Más grande es el campo...

—Pero el cielo no se hunde, y aquello, aquello de piedra el mejor día se viene abajo; a mí que no me digan... ¡Tanta piedra! ¡Tanta piedra!

—Aquí nunca pasará nada, abuela—le dije.

—Sí, como pasar sí pasa; todos los días pasa algo nuevo... Ya ve usted: ayer derribó Antero ese castaño que está cortando; anteayer dio a luz la mujer del tío Lucas... ¡Oh! Sí, señor, sí, no hay dos días iguales; hace setenta años era yo una moza, ahora soy una vieja, ando muy cerca de los cuatro duros y medio; a la hija de mi nieta Martina no la he podido ver, pero es tan maja la chicuela... Pero pasar, lo que ustedes dicen pasar algo, no, no pasa mucha cosa... de esas que andan en los papeles... Gracias a Dios no ha pasado nada desde que el tío Martín mató al tío Javier y a sus dos hijos. ¿Ya se acordarán ustedes? Hace veintidós años... Dos antes de perder yo la vista.

Y siguió la pobre vieja hablándonos de las mil menudencias del lugar. Y sin ver ni oir más, nos volvimos a comer a la posada.

Después de la comida nos fuimos al castañar, nos echamos al pie de un castaño, sobre el césped mullido, y allí nos estuvimos viendo a través del opulento follaje desfilar las nubes por el azul del cielo. Fingían monstruos enigmáticos, dragones, grifos, quimeras y centauros, rebaños de una fauna fantástica, islas remotas. Cambiaban insensiblemente, sin aparente solución de continuidad.

—Es lo mejor que tiene Brianzuelo—dijo mi compañero—: las nubes vistas a través del castaño.

—Me parece que estoy leyendo una historia universal o escuchando una epopeya de tras los mundos—le contesté.

—No tiene la historia más interés que esto, ni nos enseña más. Nubes, todo son nubes; nubes aquende y nubes allende la tumba. Lo que importa es si nos velan o no el sol, si se resuelven o no en lluvia...

—Mira, ¿qué querrá decir aquella nubecilla alargada?

—El tío Martín mató al tío Javier y a los hijos de éste, formidable suceso histórico de que se hablará largo tiempo en el pueblo y que de seguro anda en coplas... Pero ¿no oyes? ¿No oyes los golpes de hacha de Antero el leñador? Parecen la música a cuya acompasada marcha desfilan las nubes...

—Nuboso estás...

—¡Hermoso pueblo este de Brianzuelo! ¡No tiene nada

que ver y sí mucho que sentir! ¿No le sientes, no le sientes ya en las venas? ¿No oyes su silencio? Mira, mira esa vaca... ¿Se le habrá ocurrido mirar alguna vez a las nubes y pensar qué sean?

—¡Oh, no! El espíritu de las vacas no tiene nada de nebuloso ni de soñador... supongo. Es como el de los campesinos, que jamás sueñan.

—¿Que jamás sueñan? Yo creo que no hacen otra cosa. ¿O crees tú que mientras trabajan piensan, eso que llamamos pensar nosotros? No, no, sueñan; no hacen más que soñar...

—¿Y qué sueñan?

—¿Qué? Lo que tienen delante de los ojos. La realidad concreta y presente, el campo, el buey que pasa, el pájaro que vuela...

—¿Será que lo ven?

—No, es que lo sueñan. Su alma es lo que tienen delante: el universo, una inmensa nube que cambia sin cesar... hasta que se les resuelve en lluvia.

—¿Y llueve?

—Sí, llueve sobre su tumba; llueve el tiempo en gotas incesantes...

A la caída de la tarde nos volvimos a la posada a tomar un refrigerio y al poco rato nos enredamos en un tute con el posadero y un arriero que se hallaba allí de paso. Había que ver la pausa con que barajaba éste los naipes y había que ver con qué solemnidad alzaba un tres mugriento para arrojarlo triunfante sobre la mesa. «¡En cuántas batallas no habrás entrado!», pensé mirando al caballo de espadas, y le vi como a un héroe antiguo, envuelto en su leyenda.

—Son un gran recurso las cartas—nos decía el posadero—; no comprendo cómo hay quien se aburra. Con ellas lo mismo da corte que cortijo; todo es igual. Yo en teniendo las cuarenta, tan ricamente. Los dos más grandes bienhechores de los hombres son el que inventó la cama y el que inventó la baraja, que a mí se me ha puesto en la cabeza, no sé por qué, que debió de ser uno mismo.

—Sí, en un pueblo como éste es un recurso—dijo mi amigo.

—Aquí y en todas partes. Les digo a ustedes que no echo de menos lo mejor del mundo. En teniendo conciencia... Porque hay quienes se irritan. Recordarán cómo hace unos veinte años mató aquí, en Brianzuelo, el tío Martín al tío Javier y sus dos hijos; pues todo ello empezó por

una cuestión en el juego. Pero, ¡qué demontre!, alguna vez ha de pasar algo... y no todos son como el tío Martín...

A la mañana siguiente, muy temprano, montamos en nuestras mulas para proseguir nuestra excursión, dejando a Brianzuelo de la Sierra, donde no ha pasado nada digno de contarse en papeles desde que el tío Martín mató al tío Javier y a los dos hijos de éste. Al salir vimos a la pobre noventona que, acariciando a su gato, miraba al valle con sus ojos ciegos.

—¡Adiós, abuela!—le grité.

—Y qué, ¿les ha gustado mucho a los señores Brianzuelo?

—¡Un paraíso, abuela, un paraíso!

—No tanto, no tanto... Pero para lo que uno ha de vivir... ¡He visto ya bastante!

—Ha visto ya bastante la ciega de Brianzuelo—dije a mi amigo.

—¿Viven aquí? ¿Vive esta gente?—repuso éste.

—Es verdad—le contesté—; no se ve crecer al castaño..., ni a la hierba siquiera...

Poco a poco fuimos perdiendo de vista los tejados del lugar, y cuando no divisábamos al volver la vista, allá sobre el cerro de la revuelta, más que el campanario de la iglesia, llegaban aún a nuestros oídos los ecos del hacha del leñador que seguía adobando el castaño.

PUESTA DE SOL

(RECUERDO DEL 16 DE DICIEMBRE DE 1897)

Volvíamos a Salamanca del habitual paseo cotidiano cuatro amigos en una tarde de mediado diciembre cuando, recién puesto el sol, nos arrancó de la tierra una celestial visión de espléndida magnificencia.

Hacia el poniente de la aérea bóveda que coronaba a la llanura, de un remolino de aurea nube irradiaban, cual inmensos pétalos, otras nubes esplendorosas. Fingía una de ellas inmenso dorso de mitológica bestia, lanuda piel de vellones de abrasado oro, dominados por espesa y sedosa melena. Corríanse otras por el cielo de un lado y de otro vistiéndose de abrasado rosa, algunas con tornasoladas tintas de profundo violeta en el cuerpo y en los contornos de ascua de oro. Tocaban a la tierra cuajadas y compactas masas, que parecían abruptas sierras purificadas, cuyas cimas coronaba ardiente lava de oro, y más allá un verdoso mar celeste, sin orillas, de infinita hondura y de purísima trasparencia. Aquí y allá flotaban, como desprendidos copos, nubecillas cenicientas que aparentaban aves gigantescas que se bañasen en el esplendor del arrebol. A la izquierda, en la mar verdosa del último fondo, islas de apacible quietud en la región de los ensueños, y a nuestras espaldas, en el oriente, rosados cendales de vaporosa tela envolvían a la pobre tierra con mantillas sahumadas en perfume de luz decantada por el cielo.

Mientras, absortos, sumergíamos nuestros espíritus en visión tal, iba, dentro del silencio augusto, cambiando la celeste escena con cambio casi inmóvil. Los vellones de la piel de la bestia zodiacal cuajaban poco a poco su oro en encendido rojor, y las formas todas de aquel panorama reducían sus contornos, contrayéndose. La calma que en invisible lluvia caía de los cielos y en insensible vapor subía de la tierra, era el ambiente íntimo del momento; calma hecha ámbito sustancial.

¡Ah! ¡Si pudiese repercutir aquella sublime sinfonía celestial de pocas y preñadas notas de purísimos colores de fuego y de cándidos perfiles! ¡Si pudiese pintarla para siempre y no tener que verter aquí el rastrojo que de aquellos feraces momentos ha quedado en la tumba de mi memoria! En el insondable seno de la divina Conciencia vive el eco de aquella celestial sinfonía y en el seno de mi conciencia dormirá su reflejo, que yace tan adentro, tan adentro de ella, que de sacarlo no hay arte alguno, como no le hay de desprender del lecho de las fluyentes aguas del río la imagen, allí dormida, de las nubes que se miraron un punto con amor en ellas.

Era todo aquello cual escultórica idealización de nuestra pobre tierra; estatuas de sierras y de campos inundadas en incendio de colores vivificantes. Frente a las superficies, meramente visuales para nosotros, de aquellas tallas de nubes, la áspera tierra se empequeñecía a punto de perder su grosera realidad tangible. La celeste visión era entonces lo real y fuerte, y el terrestre campo, nuestro sostén, mezquino remedo de ella, menguado poso del impalpable polvo desprendido de la luz de la celeste magnificencia para posarse en la penumbra del crepúsculo terrenal.

La intensidad y pureza de la visión, penetrándonos por completo y esponjándonos en ella, reducía nuestras almas a contemplación pura, a sentimiento sin liga de idea. Un mar que nos empapaba como a esponjas que tiritan en los abismos del océano, y nuestras vidas la quieta vida del cielo entonces.

¡Hermoso!—me decía a mí mismo—. ¡Inmensamente hermoso! ¡De sobrehumana hermosura! ¡Hermoso! Y así era, hermoso y no bonito ni bello; hermoso, *formosus*, forma pura, purísima, en puro color, sin intento ni sentido alguno ni burdo contenido formulable, ni núcleo alguno de concepto. ¡Celeste revelación de las entrañas de la belleza misma, del divino esplendor de la pura forma iluminada que informando toscas tinieblas crea mundos!

Aquel rayo de la gloria de las edades siderales, arrebatándome a las congojas de mi carrera cotidiana y al mezquino compás de la realidad de cada día, resucitó bajo los abismos de mi conciencia y sobre la roca viva de su sedimento, los remotos espíritus de los abuelos de mis abuelos, la cándida niñez del linaje humano, cuando el sueño y la vigilia se compenetraban sin fronterizas marcas, cuando bajo el silencioso salmo de las esferas estelares tomaban igual cuerpo para el humano espíritu las vaporosas campi-

ñas de las nubes y las petrificadas nubes de los campos, cuando poblaban cielos y tierra encantados monstruos de cambiantes cataduras y cuando en el teatro en fin, de maravillas tales, empreñando en apretado abrazo la naturaleza virgen a la virgen fantasía, la hizo madre de la pobre razón, que colgada a sus ubérrimos pechos y amamantándose en la dulce leche de ellos empezó a balbucir torpe al abrírsele los labios a los calientes besos de su amorosa madre. Y hoy, la hija ingrata, la razón, desdeñosa de su sangre, regaña a la pobre viejecilla, a la cansada fantasía, sus caprichos inocentes!

Como al reventar el maduro fruto dorado al sol se vierte la dulce pulpa que guarda la semilla, así al reventar la imaginación madura rebasó de ella el sentimiento, su jugosa pulpa, y del sentimiento el grano de la idea, que vuelto a la fecunda tierra volvería a dar sazonados frutos.

Un día el hombre henchido de la grandeza en que se anegaba al contemplar visiones tales, cayó de hinojos y cual chorro de rebosante manantial brotó de las entrañas de su espíritu pura oración sin palabras, música del alma, oración que cristalizó en la idea de un Dios que tiende la esplendidez de su manto sobre la desnudez de la tierra.

Fuera de sí mismo, borrado a las tristezas y pesares del contacto con su propio ser y hasta olvidado de mercedes que se le hagan, rompe entre tales visiones el hombre, desde su corazón, en un fervoroso: *gratias agimus tibi, propter magnam gloriam tuam.* «Te damos gracias, Señor, por tu inmensa gloria; te damos gracias, no por beneficios con que regales a la pobre carne sufriente de nuestra alma, no; gracias, Rey celeste, por el esplendor de tu gloria, con la contemplación de cuyo reflejo nos arrancas al tiempo devorador y preñado de inquietudes; gracias, Padre omnipotente, por la Belleza con que nos abrevas, por la Belleza, radiante forma que irrumpe al abrazo de la inasequible Bondad eterna con la Verdad infinita.»

Sugirióme después aquel espectáculo a los genesiacos tiempos en que en el infinito océano del luminoso espacio cuajaban en augusto silencio los mundos que ruedan por las incorpóreas esferas. Aquellas nubes, arremolinadas y encendidas en el arrebol, retrataban a los candentes torbellinos cósmicos de donde fueran desprendiéndose gigantescos anillos para precipitarse en mundos. ¡Solemne remembranza de los inmensos celajes nebulares, pretelúricos, de los paisajes formados por la candente colada de batir los mundos hoy engurruñidos y fríos; de cuando aún no se

habían desgajado de su fecunda unidad lo inerte y lo vivo ni crecían bosques nutridos de savia junto a rocas muertas! ¡Divinos espectáculos aquellos que se sucedieron en el insondable silencio de los dilatados tiempos siderales, sin ojos que los contemplaran, en perfecta y pura soledad, con desinterés divino! Bajo su esplendor no gemían corazones humanos, ni ojos se apartaban de ellos para regar de lágrimas el polvo de la tierra. ¡Oh! si los mundos se hubiesen desenvuelto en la inacabable procesión de siglos mudos, sin espíritu encarnado que los reflejara en su dolor, sin limitada conciencia que atase el pasado al futuro con eslabón de ansia, en presente eterno, en eternidad presente, solitaria y muda, en el regazo de Dios, que moviéndose en la inmóvil procesión de su reposo vivía engendrando eternamente la divina belleza del increado Verbo con la generadora contemplación de su propio insondable Ser, y brotando de esta íntima comunión mutua el Amor eterno del puro espíritu! ¡Sublimes símbolos!

Bañándose en visiones como la de aquella tarde se toma regalado gusto a lo que pudo haber sido el reino de la forma pura, y anegada la conciencia saborea en su desmayo cierta muerte de la vida y el santo desinterés de la adoración a la Belleza.

Los tonos de aquella celestial sinfonía de colores fueron poco a poco esfumándose hasta apagarse en la invasión de la sombra de la tierra, y cuando llegamos a los primeros hogares de la ciudad quedaban reducidas a apelotonados nubarrones oscuros las cenizas de aquellas brasas de absorbente resplandor. Bajo las cenizas del celaje pasamos del recogido silencio del campo a los derramados rumores de la ciudad, rumores que nos trajeron al alma cuidados de nuestros hogares, sumiéndonos de nuevo en el tiempo, padre de inquietudes. Y como en el cielo la ceniza de aquella grandeza tan pasajera, así en el fondo de mi alma quedan las pavesas de su visión, pavesas de cuyo rescoldo se alza, como balsámico incienso, el canto litúrgico de gloria: *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam, Domine Deus, Rex celestis, Pater omnipotens.*

FANTASIA CREPUSCULAR

Fue en uno de esos días ardorosos en que la reposada campiña aguanta intensa incubación solar, cuando en la vibración del ambiente, caldeado al toque con la enardecida tierra, parecen tiritar los campos.

Al caer la tarde volvíame al pueblecillo, un lugarejo castellano que cual excrecencia o relieve del suelo, como esculpido en éste y de su mismo tono de tierra seca, recortaba en el limpio horizonte su quebrado perfil. Me paré un momento a ver cómo se acostaba en la llanura el sol, que al tocarla se ensanchó como abrazándola y dejó tras de sí el dorado encendimiento del celaje, sobre el cual, allá, en la pura línea del fondo, resaltaban unas encinas recogidas y graves.

Me quedé en la vega a esperar la noche, lleno de melancólico pesar por aquel día más que con el sol se iba y de dulce anhelo por la recogida noche que se me venía tan queda. Y era en mí todo uno, y lo mismo la tristeza del pasado y la esperanza del porvenir, como la luz del sol muerto y la sombra de la naciente noche se hacían uno y lo mismo, en la indecisa franja violácea del crepúsculo.

Reducidos los colores a matices al fundirse en el gradual derretimiento de la luz diurna, volvían a entrar las formas todas en la comunión del conjunto; abandonadas del sol, abrazábanse en el campo, con dulce armonía, bajo la difusa claridad del cielo, por el que iba infiltrándose desde el ocaso la oscuridad nocturna. No se hacían ya sombras unas cosas a otras. Y era a la vez como si perdiendo todo su materialidad tangible se hubiese convertido en mera vestidura del espacio, en forma gloriosa de la creación invisible. Las horas mismas amortiguaban su marcha.

Heraldo de la noche, salió la brisa a impedirme con su frescura el que cayese en completa enajenación o en ensimismamiento absorbente; la brisa terral que iba a recoger de las praderas y sembrados la fatiga del caluroso día y a

llevarles la buena nueva del descanso y la frescura de la noche, de la noche que se despediría luego de los campos con lágrimas de rocío. Resonó el avemaría del campanario del lugarejo y fue como voz que brotando de la llanura misma se elevase al cielo limpio para desde allí arriba descender purificada sobre los campos, en ecos que se apagaban derritiéndose poco a poco, con la luz, en el silencio solemne.

Soltándoseme la fantasía, empezó a disolverse en imágenes crepusculares, mientras que por debajo de ellas, como su tierra sustentadora y asiento de atracción, descansaba en mí el sentimiento del flujo de las horas en el irresistible curso del tiempo.

«Cuando entres en el crepúsculo de tu vida—me decía—irás sintiendo cada vez mejor tu comunión de solidaridad con todo; perderás poco a poco el relieve que hoy te presta la gracia de la juventud, relieve que crees propio, siendo en realidad debido más a la sombra que se proyecta que no a la luz que se refleja; pero entonces, bajo el dulce y puro y difuso resplandor del cielo que nos cobija por igual a todos, te sentirás más uno con ellos y sentirás a la par no ser tu color propio más que mero matiz del armonioso conjunto. ¡Luz propia! ¡Vanidad de luciérnaga que de noche brilla en un rincón, entre matas; de pobre luciérnaga que debe al sol, con su vida, su luz misma!

Los que te parecen más oscuros—seguía diciéndome la fantasía—tal vez lo sean porque recogen y guardan en sí, en sus íntimas negruras, mayor porción de la luz recibida de gracia, son acaso los más luminosos por dentro; y, por el contrario, los que más brillan serán quizás los que con menos luz para sí se queden, los que la rechazan y despiden como bruñidos espejos de rehacio reverso. Estos campesinos que sumidos en cristiana sencillez viviendo oran, y que vuelven cada día a vivir la misma vida, suelen llegar a ser en las noches de los pueblos los que prestan la dulce lumbre de la tradición íntima que mantenían en las aparentes sombras de su conciencia. Es su luz la luz que resplandece en las tinieblas. Su oración no es algo que se destaque ni se desgaje de sus demás actos, ni con ella hacen sombra ni necesitan recogerse para elevarla, porque su vida misma, cuando es pura y alumbrada por la luz que resplandece en sus tinieblas, es oración de trabajo, de paciencia, de paz, de amor, de esperanza y de fe.»

Presentóme luego mi fantasía la absurda imaginación de que me pusiese a vivir hacia atrás, revertiendo el curso

del tiempo para recorrer en sentido inverso al transcurrido la senda de mi vida, hasta *desnacerme* tras nueva infancia, y esta imagen del desnacer me llevó a la imagen de la muerte, de la noche.

La noche, entretanto, se me había venido encima, una noche negra y hermosa como la novia del Cantar de los Cantares, una noche de que descendía apacible calma. La tierra, cual espesada sombra, parecía, bajo la suave negrura del estrellado cielo, sedimento de éste. Al volver mi atención al paisaje nocturno, sugirióme éste algo del momento genesiaco aquel en que pasaban sobre la tierra desnuda y vacía las tinieblas e incubaba el Espíritu de Dios sobre el haz de las aguas, para que luego, al ¡sea la luz!, la luz fuese. Y recordé al punto aquellas preñadas palabras del principio del cuarto Evangelio, que dicen: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, luz que resplandece en las tinieblas y luz que éstas no comprendieron.»

El frío me hizo precipitar la marcha, y cuando entré en casa de mi huésped chisporroteaba en el fogón de la cocina, bajo la ancha campana ahumada, una buena hoguera. Empezaban a rezar en familia el santo Rosario, cuyas avemarías henchían dulcemente el recinto alumbrado por las llamas del hogar, y resonaban a la vez en el hogar de mi alma cual trasunto de la oración de los campos, cual eco prolongado de aquella hora recogida en que a los cielos, que narraban la gloria del Señor, respondía la tierra con la salutación angélica a María, la madre. Y siguiendo, lleno de imágenes crepusculares, aquel oficio tan doméstico cuanto religioso, meditaba en qué consiste la vida de los pueblos, y en la luz que resplandece en las tinieblas mismas, que, sin comprenderla, la rechazan con brillantez externa.

HUMILDE HEROISMO

Allí está cavando, junto al río, frente a las montañas, tan inmutable aquél como éstas, con su fluir de continuo el uno y con su firme asiento las otras. Ante tal espectáculo se echaron los cimientos de su espíritu; ha visto a las montañas a todas luces, horas y estaciones, ya veladas por neblina, ya embozadas en nube, ya buriladas en cielo como de metal, ya a la puesta del sol cual altar de hostia de oro candente y ensabanadas de nieve.

Ha aprendido así, sin darse de ello cuenta, la infinita variedad de los eternos espectáculos. Se ha dormido muchas veces al rumor del río.

Montañas y ríos forman también su sencillo espíritu, tan asentado e inmóvil como aquéllas, tan lento y continuo como éste. Vive por hábito, porque nació, y puede decirse que naciendo, aunque quepa también decir que vive muriendo, porque su vida es una muerte lenta, un sacrificio involuntario. Su alma se vela unas veces en neblina, se emboza en nubes otras, se burila en el cielo del reposo algunas, sirve de altar no pocas, de ordinario duerme bajo nieve. Y cuando reza dice: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», y lo dice por hábito, sin saber lo que dice. Más hondamente expresa el mismo ruego con su vida toda, que es una oración.

Es uno de los héroes, de los héroes humildes —*humildes*— de la tierra —*humus*—; es uno de los héroes del heroísmo vulgar, cotidiano y difuso; de todos los momentos. Es su ideal la realidad misma. Viene de la piedra, por camino de siglos y siglos, que se pierde en el pasado; va al ángel que alboreará en un porvenir inasequible.

A aquella abrupta sierra levantóla un terremoto, allá, en edades de monstruos y de diarias tormentas, pero ha sido el agua la que minuto a minuto y gota a gota, con secular paciencia, con activa y obstinada resignación, la ha esculpido, revistiendo a la vez sus laderas. Si el fuego soterraño desgajó el bloque de nuestra terrenal morada, el

agua nos le talló y pulió haciéndole habitable. Socavó el río buscando salida por hoces y encañadas, trituró, alisó, majó peñascos e hizo tierra de labor, cubrió en sus avenidas las vegas con rica tierra, regaló al hombre el tesoro de su sustento. El agua pacienzuda y lenta ha hecho aprovechable la labor del impetuoso fuego .

Terremotos sociales han levantado con fogosa fe montañas enteras, dislocando a los pueblos, pero es él el que cava junto al río y frente a la sierra, quien ha esculpido minuto a minuto y gota a gota, a golpes de azadón, las montañas de la fe, y quien ha dejado en sus avenidas silenciosas el mantillo de que todo ideal se nutre. Siglos de formidable historia humana para que aprendiese a deletrear. Es una gota de agua; de ellas se compone el río lento y obstinado, que abre hoces y hace polvo los peñascos.

Sitios hay en que el héroe, encontrándose en un escarpado y buscando el nivel de su vida para ganársela y escapar al hambre, se derrumba; allí forma cascadas que aprovechan los señores para establecer industrias. Es donde el labriego se hace hombre industrial. Y donde no haya tales rompientes, levantan los señores presas.

Hoy se habla aquí mucho de pantanos y de canales de riego. Y a ellos, a los que cavan junto a los ríos y frente a las montañas, ¿quién los desempantana y canaliza?

El movimiento societario (socialista y anarquista) nació en talleres de ciudades; para penetrar en los campos tiene que modificarse profundamente y sólo cuando en ellos penetre y sea en ellos transformado, alcanzará su última eficacia. Una guerra de aldeanos acompañó al parto de la Reforma, que sólo llegando hasta ellos se asentó; los aldeanos hicieron eterna la obra de la Revolución francesa. Sólo echó raíces el cristianismo cuando prendió en el paganismo rural, que del aldeano, *paganus*, el de los pagos, recibía nombre. Desde entonces lo eterno de la historia ha sido la sustitución de éste por aquél; el que en vez de temblar ante la Naturaleza el aldeano, ofreciéndola sacrificios, se resigne ante el Espíritu, ofreciéndole amor. Lo eterno de la historia es de aquí en adelante que aprenda a deletrear y reciba un rayo de ciencia y el Espíritu se le haga Verbo. Sólo prendiendo en el cristianismo rural echará raíces la ciencia y la obra de emancipación humanitaria. El hombre lento de la tierra hace religión de cuanto en el seno de su alma recibe. En religión ha convertido la flor de la filosofía helénica fecundada por el profetismo judaico. En religión es menester que convierta la flor de la

ciencia de nuestros laboratorios fecundada por la humanitaria fraternidad. Día llegará en que sean principios religiosos los hoy principios científicos de la conservación de la energía, de la unidad de las fuerzas físicas, de la evolución de las formas orgánicas. «El futuro mesías ha de salir de un laboratorio», me decía en cierta ocasión Guerra Junqueiro. A él, al hondo poeta de *Os simples*, debo no poco de la inspiración de estas líneas, al profético cantor del héroe humilde.

Vedle; apoya su azadón en tierra, levanta de ésta su mirada alzando la cabeza, enjúgase el sudor de la bronceada frente con el dorso de la mano encallecida y mira a las montañas que le miran en silencio, a las montañas de donde baja el agua del río que a su lado corre. Con su espíritu lento esculpió las montañas de la fe, levantadas por el impetuoso fuego. Hace religión de cuanto en su seno recibe.

APÉNDICES

Selecciono en las páginas que siguen algunos textos que pueden servir para comprensión —hacia el pasado o hacia el futuro— de los ensayos que ahora publico.

En primer lugar, la descripción de La Flecha que fray Luis de León puso en *Los Nombres de Cristo*. De este modo podrán compararse fácilmente las sutiles emociones que el lugar produjo en dos extraordinarios narradores.

Después, aduzco unos cuantos textos del propio Unamuno, necesarios para situar dentro de su producción las páginas de *Paisajes*.

Es imprescindible la lectura del Prólogo a las *Andanzas y visiones españolas*. En él se formula una partición bimembre de toda la creación unamunesca: paisajes e historias de pasión. Sin embargo, la idea había cristalizado mucho antes; en *Paisajes*, precisamente, si exceptuamos la dramática visión de Brianzuelo.

La visión del paisaje salmantino había sido poetizada en algún intenso poema como *El Cristo de Cabrera* (O. C., XIII, págs. 236-240), estrictamente coetáneo de la prosa que ahora estudiamos. En efecto, lo dijo el propio autor: es un recuerdo del 21 de mayo de 1899. Como el poema suscita numerosas cuestiones, al margen de las puramente descriptivas, aun recomendando su lectura, prefiero aducir aquí dos textos ligeramente posteriores: *El mar de encinas* (13-IX-1906), inserto en *Poesías*, y *La encina y el sauce* (4-X-1910), tomado del *Rosario de sonetos líricos*.

Salamanca es en este libro el único paisaje urbano —remoto, recostado en la lejanía— que se nos describe. Creo útil reimprimir la espléndida oda que lleva el nombre de la ciudad. Ahora, paisaje urbano sentido desde dentro, la ciudad de oro eternizada por y en Unamuno. En el VII centenario de la Universidad de Salamanca (1913), Joaquín Rodrigo compuso un poema sinfónico sobre el texto de don Miguel (puede oírse en la grabación *Página para un Códice Salmantino*).

El *Atardecer de estío en Salamanca* (1908), una de las *Visiones rítmicas* que publicó en las *Andanzas* (O. C., XIII, págs. 837-838) se reproduce por hermanar muchos de sus conceptos con los de un par de los artículos de *Paisajes*.

En *Fantasía crepuscular* rumia Unamuno el dramático problema de caminar la vida hacia atrás. Una y otra vez en su obra se ha enfrentado con esta idea: en busca de sentido a nuestra muerte o de justificación a nuestra existencia. Como ilustración, incluyo un soneto de *Poesías* datado en 1901.

1

INTRODUCCION A *LOS NOMBRES DE CRISTO* *

[Introdúcese en el asunto con la idea de un coloquio que tuvieron tres amigos en una casa de recreo.]

Era por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo—que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás—, después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como V. M. sabe, tiene mi monasterio en la ribera del Tormes; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y, sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte; y corriendo y estropezando, parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca. Así que, asentándose, y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino, que así me place llamar al que de los tres era el más mozo, mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así:

—Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece; y debe de ser condición de espíritus de entendimiento pro-

---

* [Fray Luis de León, *Obras Completas Castellanas*, edic. Félix García, O. S. A. Madrid, 1959.]

fundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar.

—Bien entiendo por qué lo decís —respondió al punto Marcelo—; y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjearme o por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan, y se despiertan con esta vista, en vos de sangre y en mí de melancolía. Mas sepamos —dice— de Juliano —que éste será el nombre del tercero— si es pájaro también o si es de otro metal.

—No soy siempre de uno mismo —respondió Juliano—, aunque ahora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede ahora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito y no muy grande:

—Aquí —dice— está mi deseo y mi esperanza.

Marcelo, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo, vuelto a Sabino y riéndose:

—No os atormentará mucho el deseo a lo menos, Sabino, pues tan en la mano tenéis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en un tan pequeño papel.

—Si fueren pobres —dijo Sabino—, menos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.

—¿En qué manera —respondió Marcelo— o qué parte soy yo para satisfacer vuestro deseo, o qué deseo es el que decís?

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que decía: *De los Nombres de Cristo;* y no leyó más. Y dijo luego:

—Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los *Nombres* con que Cristo es llamado en la Sagrada Escritura, y los lugares de ella donde es llamado así. Y como le vi, me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento, y por eso dije que mi deseo estaba en este papel. Y está en él mi esperanza también, porque, como parece de él, éste es argumento en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua; y así no podrá decirnos ahora lo que suele decir cuando se excusa, si le obligamos a hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta excusa y el tiempo es nuestro, y el día santo y la sazón tan a propósito de

pláticas semejantes, no nos será dificultoso el rendir a Marcelo, si vos, Juliano, me favorecéis.

—En ninguna cosa me hallaréis más a vuestro lado, Sabino —respondió Juliano.

Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, o, a lo menos, pedía que tomase Juliano su parte y dijese también; y quedando asentado que a su tiempo, cuando pareciese, o si pareciese ser menester, Juliano haría su oficio. Marcelo, vuelto a Sabino, dijo así:

—Pues el papel ha sido el despertador de esta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él; y de lo que en él estuviere y conforme a su orden, así iremos diciendo, si no os parece otra cosa.

—Antes nos parece lo mismo —respondieron como a una Sabino y Juliano.

2

PRÓLOGO A *ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS* *

En 1911 publiqué en la biblioteca «Renacimiento» un tomo titulado: *Por tierras de Portugal y de España.* Constituíanlo veintiséis relatos de excursiones por ciudades y campos de la Península Ibérica y las islas Canarias. Y ahora recojo, lector amigo —¿pues qué más fina amistad que leerle a uno?—, en este volumen que tienes entre manos —o sobre la mesa— y a la vista, relatos de otras nuevas excursiones por ciudades y campos también de España.

Los he ordenado por orden cronológico, ya que estos relatos fueron apareciendo en diarios de América —en *La Nación,* de Buenos Aires, casi todos— o de España —en *El Imparcial,* de Madrid— a medida que hacía las excursiones y recibía las visiones de que en ellos se habla.

El que siguiendo mi producción literaria se haya fijado en mis novelas, excepción hecha de la primera de ellas en tiempo, de *Paz en la guerra,* habrá podido observar que rehuyo en ellas las descripciones de paisajes y hasta el situarlas en época y lugar determinados, en darles color temporal y local. Ni en *Amor y Pedagogía,* ni en *Niebla,* ni en *Abel Sánchez,* ni en mis *Tres novelas ejemplares,* ni en *La tía Tula* hay apenas paisajes ni indicaciones geográficas y cronológicas. Y ello obedece al propósito de dar a mis novelas la mayor intensidad y el mayor carácter dramáticos posibles, reduciéndolas, en cuanto quepa, a diálogos y relato de acción y de sentimientos —en forma de monólogos esto— y ahorrando lo que en la dramaturgia se llama acotaciones.

Fácil me hubiera sido distribuir entre mis novelas las descripciones de tierras y de villas, de montañas, valles y poblados, que aquí recojo, pero no lo he hecho por darles ligereza. El que lee una novela, como el que presencia la representación de un drama, está pendiente del progreso del argumento, del juego de las acciones y pasiones de los personajes, y se halla muy propenso a saltar las descrip-

---

* [O. C., I, págs. 601-602.]

ciones de paisajes por muy hermosas que en sí sean, y como no sea que el campo llegue a ser un verdadero personaje de la acción o de la pasión, lo que ocurre pocas veces. Y, en cambio, el que gusta del paisaje literario va a buscarlo en sí y por sí. Y a esta demanda de la afición estética es a lo que quiere responder la oferta de este libro, lector amigo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, noviembre de 1920.

3

EL MAR DE ENCINAS *

En este mar de encinas castellano
los siglos resbalaron con sosiego
lejos de las tormentas de la historia,
lejos del sueño

que a otras tierras la vida sacudiera;
sobre este mar de encinas tiende el cielo
su paz engendradora de reposo,
su paz sin tedio.

Sobre este mar que guarda en sus entrañas
de toda tradición el manadero
esperan una voz de hondo conjuro
largos silencios.

Cuando desuella estío la llanura,
cuando la pela el rigoroso invierno,
brinda al azul el piélago de encinas
su verde viejo.

Como los días, van sus recias hojas
rodando una tras otra al pudridero
y siempre verde el mar, de lo divino
nos es espejo.

Su perenne verdura es de la infancia
de nuestra tierra, vieja ya, recuerdo,
de aquella edad en que esperando al hombre
se henchía el seno

de regalados frutos. Es su calma
manantial de esperanza eterna eterno.
Cuando aun no nació el hombre él verdecía
mirando al cielo,

y le acompaña su verdura grave
tal vez hasta dejarle en el lindero
en que roto ya el viejo, nazca al día
un hombre nuevo.

---

* [O. C., XIII, págs. 214-215.]

Es su verdura flor de las entrañas
de esta rocosa tierra, toda hueso,
es flor de piedra su verdor perenne
pardo y austero.

Es, todo corazón, la noble encina
floración secular del noble suelo
que, todo corazón de firme roca,
brotó del fuego

de las entrañas de la madre tierra.
Lustrales aguas le han lavado el pecho
que hacia el desnudo cielo alza desnudo
su verde vello.

Y no palpita, aguarda en un respiro
de la bóveda toda el fuerte beso,
a que el cielo y la tierra se confundan
en lazo eterno.

Aguarda el día del supremo abrazo
con un respiro poderoso y quieto
mientras, pasando, mensajeras nubes
templan su anhelo.

Es este mar de encinas castellano
vestido de su pardo verde viejo
que no ceja, del pueblo a que cobija
místico espejo.

Zamora, 13-IX-1906.

4

LA ENCINA Y EL SAUCE *

Chi l'ombre indusse del pliangente salcio
su' rivi sacri? Ti rapisca il vento
de l'Apennino, o molle pianta, amore
d'umili tempi!
Qui pugni a'verni e arcane istorie frema
co'l palpitante magio ilice nera,
a cui d'allegra giovinezza il tronco
l'edera veste.

(CARDUCCI: *Alle Fonti del Clitumno.*) (1).

La inmoble encina al cielo inmoble alza redonda
la copa prieta que ni cierzo fiero riza
mientras el sauce llorón en el agua huidiza
la cabellera tiende hundiéndola en la onda.

Van sus hojas de otoño del río en la ronda
hacia el mar en que el río vencido agoniza
y al llegar del invierno los cielos ceniza
menea su manojo de varas sin fronda.

Déme Dios el vigor de la encina selvática
que huracanes respira en su copa robusta
y del alma en el centro una rama fanática

con verdor de negrura perenne y adusta,
que no quiero del sauce la fronda simpática
que a las aguas que pasan doblega su fusta.

Salamanca, 4-X-1910.

---

* "Dicen las dos estrofas del gran Carducci: "Quién trajo la sombra del sauce llorón a las riberas sagradas? Así te arrebate el viento del Apenino, oh planta muelle, amor de tiempos humildes! Luche aquí con los inviernos y tiemble arcanas historias con *mayo palpitante la encina negra*, a la que viste el tronco de alegre juventud la hiedra." (N. del A.)

5

SALAMANCA *

I Alto soto de torres que al ponerse
tras las encinas que el celaje esmaltan
dora a los rayos de su lumbre el padre
Sol de Castilla;

II bosque de piedras que arrancó la historia
a las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud, yo te bendigo,
¡mi Salamanca!

III Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo,
cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.

IV Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,
y entre los surcos al morir la tarde
duerme el sosiego.

V Duerme el sosiego, la esperanza duerme
de otras cosechas y otras dulces tardes,
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.

VI Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo
que año tras año maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.

VII Duerme el recuerdo, la esperanza duerme
y es el tranquilo curso de tu vida
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

VIII De entre tus piedras seculares, tumba
de remembranzas del ayer glorioso,
de entre tus piedras recojió mi espíritu
fe, paz y fuerza.

---

* [O. C., XIII, págs. 216-220.]

IX En este patio que se cierra al mundo
y con ruinosa crestería borda
limpio celaje, al pie de la fachada
que de plateros

X ostenta filigranas en la piedra,
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos [1].

XI En silencio fray Luis quédase solo
meditando de Job los infortunios,
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

XII Nombres de paz y amor con que en la lucha
buscó conforte, y arrogante luego
a la brega volvióse amor cantando,
paz y reposo.

XIII La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes,
la voluntad le enhechizaste y quiso
volver a verte [2].

XIV Volver a verte en el reposo quieta,
soñar contigo el sueño de la vida,
soñar la vida que perdura siempre
sin morir nunca.

XV Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir ese que dicen
culto a la muerte.

---

1 "Los que conocen Salamanca saben que al pie de la fachada plateresca de su Universidad se alza una estatua de fray Luis de León, en el patio alegrado por la algazara estudiantil en los intermedios de las clases y silencioso y mustio cuando éstas se cierran." (Nota del Autor.)

2 "La estrofa referente a Cervantes no es más que el arreglo de un pasaje en prosa en que él mismo habla de cómo la apacibilidad de la vivienda de Salamanca enhechiza la voluntad de volver a ella." (Nota del Autor.)

XVI En mí florezcan cual en ti, robustas,
en flor perduradora las entrañas
y en ellas talle con seguro toque
visión del pueblo.

XVII Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica
y asiéntese en mi patria para siempre
la mi Quimera.

XVIII Pedernoso [3] cual tú sea mi nombre
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfago del mundo
resuene limpio.

XIX Pregona eternidad tu alma de piedra
y amor de vida en tu regazo arraiga,
amor de vida eterna, y a su sombra
amor de amores.

XX En tus callejas que del sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugitivos.

XXI Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.

XXII El dejo amargo del Digesto hastioso
junto a las rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre,
a nuevo estudio.

XXIII De doctos labios recibieron ciencia
mas de otros labios palpitantes, frescos,
bebieron del Amor, fuente sin fondo,
sabiduría.

---

[3] "El adjetivo *pedernoso* me he permitido forjar con arreglo a la analogía de *pedernal* y otras formaciones similares." (Nota del Autor.)

XXIV Luego en las tristes aulas del Estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos encendidos
en sed de vida.

XXV Como en los troncos vivos de los árboles
de las aulas así en los muertos troncos
grabó el Amor por manos juveniles
su eterna empresa.

XXVI Sentencias no hallaréis del Triboniano,
del Peripato no veréis doctrina,
ni aforismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.

XXVII Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

XXVIII Así bajo los ojos la divisa
del amor, redentora del estudio,
y cuando el maestro calla, aquellos bancos
dicen amores.

XXIX Oh, Salamanca, entre tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.

XXX Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo me muera
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

XXXI Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
di tú que he sido.

[1904]

6

ATARDECER DE ESTIO EN SALAMANCA *

Del color de la espiga triguera
ya madura
son las piedras que tu alma revisten,
Salamanca,
y en las tardes doradas de junio
semejan tus torres
del sol a la puesta
gigantescas columnas de mieses
orgullo del campo
que ciñe tu solio.
Desde lo alto derrama su sangre,
lluvia de oro,
sobre ti el regio Sol de Castilla,
pelícano ardiente,
y en tus piedras anidan palomas
que arrullan en ellas
eternos amores
al acorde de bronces sagrados
que lanzan al aire
seculares quejas
de los siglos.
Los vencejos tu cielo repasan
poblando su calma
con hosanas de vida ligera,
jubilosa,
las tardes de estío,
y este cielo, tu prez y tu dicha,
Salamanca,
es el cielo que esmalta tus piedras
con oro de siglos.
Como poso del cielo en la tierra
resplende tu pompa,
Salamanca,
del cielo platónico

* [O. C., VIII, págs. 837-838.]

que en la tarde del Renacimiento,
cabe el Tormes, Fray Luis meditando
soñara.
Sobre ti se detienen las horas,
de reveza,
soltando su jugo,
su savia de eterno,
y en tus aguas se miran los siglos
dejando a la historia
colmar tu regazo
con frutos de otoño.
Cuando puesto ya el Sol, de tu seno
rebotan tus piedras
el toque de queda
me parecen los siglos mejerse,
que el tiempo se anega,
y vivir una vida celeste
—¡quietud y visiones!—
¡Salamanca!

[1908]

7

MUERTE *

To die, to sleep..., to sleep... perchance to dream.
(*Hamlet*, Acto III, escena IV).

Eres sueño de un dios; cuando despierte
¿al seno tornarás de que surgiste?,
¿serás al cabo lo que un día fuiste?,
¿parto de desnacer será tu muerte?

¿El sueño yace en la vigilia inerte?
Por dicha aquí el misterio nos asiste;
para remedio de la vida triste,
secreto inquebrantable es nuestra suerte.

Deja en la niebla hundido tu futuro
y ve tranquilo a dar tu último paso,
que cuanto menos luz, vas más seguro.

¿Aurora de otro mundo es nuestro ocaso?
Sueña, alma mía, en tu sendero oscuro:
«¡Morir..., dormir..., dormir..., soñar acaso!»

[1901]

* [O. C., XIII, pág. 464.]

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN ... 5

Bibliografía fundamental ... 24

PAISAJES ... 26

La Flecha ... 27
Brianzuelo de la Sierra ... 41
Puesta de Sol ... 47
Fantasía crepuscular ... 51
Humilde heroísmo ... 55

APÉNDICES ... 59

Introducción a *Los Nombres de Cristo* ... 61
Prólogo a *Andanzas y visiones españolas* ... 64
El mar de encinas ... 66
La encina y el sauce ... 68
Salamanca ... 69
Atardecer de estío en Salamanca ... 73
Muerte ... 75

TÍTULOS PUBLICADO

1. LA DAMA DEL ALBA, de Alejandro Casona.
   Estudio y Edición de José Rodríguez Richart.
2. RIMAS, de Gustavo Adolfo Bécquer.
   Estudio y Edición de Juan M.ª Díez Taboada.
3. POESÍA ESPAÑOLA DIALECTAL.
   Estudio, selección y notas de Manuel Alvar.
4. LA BARCA SIN PESCADOR, de Alejandro Casona.
   Estudio y Edición de Federico Carlos Sáinz de Robles.
5. CUENTOS ANDALUCES, de Fernán Caballero.
   Estudio y Edición de Andrés Soria.

OBRAS EN PREPARACIÓN

MÉTRICA ESPAÑOLA, de Antonio Quilis.

INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS LITERARIOS, de Juan María Díez Taboada.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, de Juan Manuel Rozas.

TOPONIMIA ESPAÑOLA, de Antonio Llorente Maldonado.

ANTOLOGÍA DE LA GENERACIÓN POÉTICA DEL 27
Estudio y selección de Joaquín González Muela y Juan Manuel Rozas.

ANTOLOGÍA DE POESÍA ACTUAL
Estudio y selección de Luis Jiménez Martos.

ANTOLOGÍA DE LA POESÍA CONTEMPORÁNEA HISPANOAMERICANA
Estudio y edición de Edgardo R. Palavecino.

EN TORNO AL CASTICISMO, de Miguel de Unamuno.
Estudio y edición de Francisco Fernández Turienzo.

AUTOS SACRAMENTALES, de Valdivielso.
Estudio y edición de Enrique Rull.